

Los obispos alemanes

**A todos los Pueblos llegue Su Salvación
La Misión de la Iglesia Universal**

23 de septiembre de 2004

Traducción elaborada por
Señora Agnes Tenholte

Lima / Perú

Índice General

Palabras Preliminares	3
Introducción	5
Tarea Misionera	5
Catolicidad de la Iglesia	6
Testigos apostólicos	7
I. Misión cristiana en el presente y en la historia	8
1. Perfiles del presente	8
Transformación de la cultura y globalización	8
¿Secularización o renacimiento religioso?	10
Renovación de la conciencia misionera	10
2. Enseñanzas de la historia	12
Desde los primeros cristianos hasta la Edad Media	13
Expansión europea y la misión en la Edad Moderna	15
Luces y sombras en la historia de la misión	17
II. La Misión universal en el perfil teológico	20
1. El sujeto y la razón de la misión	20
De Iglesia occidental a Iglesia universal	20
La misión como tarea de todos los cristianos	21
El envío de Jesucristo como fundamento de toda misión	22
2. El servicio a la libertad	23
El mensaje de la liberación	23
La dignidad de la persona y los derechos humanos	24
Inculturación del Evangelio	25
3. El servicio a la verdad	27
Relación con las otras religiones	28
La verdad de Jesucristo en el diálogo	30
Punto de vista y tolerancia	31
III. Los caminos y las formas de la misión universal	33
1. La misión universal con cabeza, corazón y mano	33
La Iglesia universal como comunidad de aprendizaje	34
La Iglesia universal como comunidad de oración	35
La Iglesia universal como comunidad solidaria	36
2. Acción por la misión de la Iglesia universal	37
La exigencia de cada uno	37
Unidos en el camino	38
Utilizar nuestro potencial	39
“ <i>No estaba ardiendo nuestro corazón</i> ”	42
Bibliografía	44

Palabras Preliminares

La Iglesia tiene una misión universal porque Dios ha destinado Su salvación para todos los pueblos. Este conocimiento ha impulsado desde un principio a los cristianos a testimoniar públicamente su fe en Jesucristo y a proclamar el Evangelio del Reino de Dios, “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Todos los pueblos y todos los seres humanos tienen el derecho de llegar a saber que Dios se ha dirigido definitivamente a la humanidad de todas las épocas y continentes, a través de Jesucristo. Jesucristo es la “Luz de los Pueblos”. Así lo dice el Concilio Vaticano II y agrega a esto, que esta luz debe iluminar a “todos los hombres” (Cfr. *Lumen gentium* 1)

La obligación de dar este testimonio de fe, corresponde a la Iglesia hoy no menos que en tiempos pasados. En su encíclica del año 1990 sobre la permanente vigencia de la tarea misionera, el Papa Juan Pablo II recalca al comienzo que: “La misión de Cristo Redentor, que le fue encomendada a la Iglesia, está todavía lejos de estar concluida”. Una mirada a la humanidad nos muestra “que esta misión todavía se encuentra en sus comienzos y que nosotros debemos abogar con todas nuestras fuerzas por el servicio a esta misión” (*Redemptoris missio* 1).

Por eso los efectos históricos de la misión en todo el mundo y los esfuerzos eclesíasticos universales de la Iglesia en Alemania, no pueden hacer que nos sintamos satisfechos de nosotros mismos. Más bien, ellos nos pueden estimular para que, junto con todas las otras iglesias particulares y con nuevo ímpetu, hagamos justicia a la responsabilidad de la misión de la Iglesia en un mundo globalizado que está en crecimiento. Esta nueva situación de la historia universal, con la cual la Iglesia está confrontada, plantea preguntas difíciles. Pero al mismo tiempo, le da a nuestra misión una nueva urgencia.

¿Estamos nosotros como Iglesia en Alemania, bien preparados como para aceptar este desafío y para poder contribuir con la misión universal de la Iglesia? Aquí es conveniente tener en cuenta las distintas tendencias. Por un lado, se ha comprobado reiteradamente un gran cansancio misionero en nuestras iglesias particulares. A pesar de todo el resurgimiento religioso, la intensa secularización en la sociedad, la creciente individualización religiosa y la extendida comprensión relativista de la verdad han dejado también sus huellas en el estado de ánimo de nuestra Iglesia. Por otro lado, desde el Concilio la Iglesia ha comprendido mejor que la tarea misionera es cosa de todo el Pueblo de Dios, aún cuando misioneras y misioneros profesionalmente formados son necesarios todavía ahora como antes. Ya que toda la Iglesia es misionera, pueden y deben todos, en la medida de sus posibilidades, colaborar en la gran tarea de la expansión del Evangelio. Este discernimiento parece ser que penetra cada vez más en la conciencia de muchos creyentes en nuestro país. También lo confirma el eco sumamente positivo que encontró el Documento *Tiempo de Siembra*, de nuestra Conferencia Episcopal, en el año 2000. Muchos se dejaron y se dejan motivar por la pregunta, ¿cómo debería ser la Iglesia misionera aquí en nuestro país?

El presente documento de la Conferencia Episcopal Alemana *A todos los Pueblos llegue Su Salvación* abre ahora el horizonte hacia la Iglesia universal y desea promocionar el sentido de la misión universal. Teniendo como fondo una historia llena de vicisitudes y las interpelaciones críticas en el presente, agudiza la mirada para recordar el motivo y fin de la misión cristiana y da numerosos impulsos prácticos de cómo se puede impulsar hoy la misión universal con

la cabeza, el corazón y la mano. Estoy convencido de que el documento no sólo promocionará la conciencia espiritual y la reflexión teológica sobre la misión, sino que también estimulará para una práctica múltiple en este campo.

El documento se dirige especialmente a todos los círculos de la Iglesia que estudian las preguntas de la Iglesia universal, desde las personas individuales, los grupos comprometidos, parroquias y asociaciones hasta las comunidades religiosas, sociedades misioneras, obras de ayuda y diócesis. Desea que se familiaricen con las preguntas fundamentales y con eso capacitar para poder dar una buena información sobre la misión cristiana. Mas allá de eso, nuestro documento desea con franqueza ecuménica permitir a todos los interesados, pero también a los escépticos y críticos, a que den una mirada a la comprensión cristiana de la misión y ayudar a suprimir los prejuicios existentes. Finalmente desea despertar el interés por la Iglesia universal, la que se siente como en su casa en todas las culturas y, aunque sea mencionado en este momento y no por eso en último lugar de importancia, promocionar aquel entusiasmo que es propio del obrar del Espíritu Santo.

Nosotros estamos bajo la tradición de San Winfredo Bonifacio (+ 754) quien como misionero anglosajón vino a nuestro país en la temprana Edad Media y dió a conocer el Cristianismo a nuestros antepasados. En el 1250 aniversario después de su muerte, su fuerza misionera nos recuerda que también nuestro mundo necesita mensajeros y mensajeras de la fe, que testimonien el Evangelio universalmente de una manera tan auténtica, que los otros lo puedan aceptar y experimentar como una verdad liberadora (Cfr. Jn 8,32). A la vez hay que recordar continuamente que el que aboga por la misión de la Iglesia con conocimiento y la promociona, experimentará fortalecimiento en la fe, en la esperanza y en el amor. La Conferencia Episcopal Alemana desea con el presente Documento *A todos los Pueblos llegue Su Salvación*, cumplir con una tarea sobrevencida. Al mismo tiempo ve en ello también un encargo y un legado del aniversario de San Bonifacio.

Mis gracias especiales las hago extensivas a la Comisión de la Iglesia Universal de la Conferencia Episcopal Alemana y a todos los que han tomado parte en la redacción de este documento. ¡Quiera pues que éste tenga una amplia acogida en la vida de la Iglesia en Alemania y que dé pruebas de un buen servicio a la misión de la Iglesia universal en nuestro tiempo!

Karl Cardinal Lehmann

Presidente de la Conferencia Episcopal Alemana

Bonn / Maguncia, 23 de setiembre de 2004

Introducción

Anunciar el “Evangelio del Reino de Dios” (Lc 4,43) en todo el mundo es la misión de la Iglesia. Ella no puede prestar mejor servicio al mundo. Cuando el Evangelio llega a los hombres crece el Reino de Dios, inaugurado por Jesucristo. La Iglesia desea, al comienzo del tercer milenio cristiano, comprender las señales de los tiempos. En este tiempo de globalización creciente, la Iglesia se siente fuertemente desafiada a hacer que tanto ella como todos los pueblos de la tierra se familiaricen con el Evangelio. La misión universal que la Iglesia recibe significa traspasar las fronteras para llegar hasta el otro e invitarlo a creer.

El Evangelio no nos da a conocer un “aporte de discusiones” sino nos llama a la libertad. La libertad a la que el Evangelio se refiere, no tiene en mente ningún interés personal o selección, sino que desea contribuir a la libertad del otro. Por eso ésta se realiza en el encuentro con el otro, con el forastero. Dios nos garantiza la libertad; por lo tanto El quiere que el ser humano en plena libertad tome sus decisiones de fe y de vida. Los cristianos están llamados a la libertad, no a pesar de su fe, sino a causa de su fe. Misión significa compartir con otros el Evangelio y revelarles así la auténtica libertad, que es una espléndida señal de la divina imagen impresa en el hombre (Cfr. *Gaudium et spes* 17). Precisamente ése es el mejor servicio de la Iglesia para el mundo.

Colaborar hoy con este trabajo misionero es cosa de todos los creyentes: de las mujeres y de los hombres con su eficaz acción en las parroquias; los niños y los jóvenes con su disposición natural para el entusiasmo; los adultos con su vida en el mundo y sus experiencias de fe. No estamos en cero. En los obispados, comunidades, congregaciones, sociedades de vida apostólica, instituciones de ayuda, asociaciones y grupos han surgido muchas cosas buenas. Por todo esto damos las gracias a todos los que han participado y los alentamos en su servicio a favor de la Misión Universal de la Iglesia.

Tarea Misionera

La Iglesia está integrada en la Misión de Dios, que desde el punto de vista histórico tomó forma en Jesucristo y está inspirada por el Espíritu de Dios. La meta de esta misión que partió de Dios, es la realización del Reino de Dios. La Iglesia tiene que testimoniar esto aquí en nuestro país y en todo el mundo.

En la Carta Pastoral *Tiempo de Siembra* hemos detallado cómo podemos ser nosotros Iglesia misionera en nuestro país. Comunión en la fe y misión a partir de la fe son como las dos caras de una moneda. Justamente en el campo misionero es donde uno tiene que esforzarse en promover la acción ecuménica (Cfr. *Ad gentes* 15). Si el cristianismo se atiene a su misión, a la persona de Jesucristo, cuyo nombre lleva y de cuyo espíritu respira, entonces también hoy se congregará el Pueblo de Dios, “de entre todas las naciones” (*Lumen gentium* 13).

Nos encontramos ante una nueva situación. Durante mucho tiempo nosotros hemos llevado el mensaje cristiano desde Europa a todas partes del mundo. Hoy nosotros sabemos que todos en sus iglesias particulares, enraizadas en sus culturas, tienen una tarea misionera y sabemos también que cumplen con esta tarea. Por eso tenemos que preguntarnos, como alemanes y europeos, qué retos nos salen al encuentro en este mundo globalizado y en esta Iglesia universal. La acción misionera en nuestro propio país y en la comunidad de los pueblos, sólo puede crecer si nos mantenemos juntos y se enriquecerá mutuamente con el intercambio

de las experiencias de las Iglesias locales, especialmente de las de los países del sur. Cuanto más abramos nuestros ojos, nuestros corazones y nuestras manos a la Iglesia universal entre los pueblos, tanto más ricos y fortalecidos seremos individualmente y como comunidades en la fe.

Con ocasión del cambio de milenio, el Papa Juan Pablo II en su misión como sucesor de Pedro, nos ha explicado que se necesita “un nuevo impulso para la actividad misionera de la Iglesia” y para que ella se “ponga en marcha hacia nuevas orillas” (*Redemptoris Missio* 30). Nosotros estamos totalmente de acuerdo con otras confesiones cristianas en la interpretación, de que “la principal tarea de la Iglesia en Europa es [...], predicar juntas el Evangelio a través de la palabra y de los hechos, para la salvación de todos los seres humanos” (*Charta oecumenica*2).

Catolicidad de la Iglesia

Como lo testimonian las Sagradas Escrituras, Dios tiene una Alianza con todos los seres humanos. El permite que su faz resplandezca sobre todos nosotros, que reconozcamos su camino “y a todas las naciones llegue su salvación” (Sal 67,3). En eso se basa el envío mesiánico del pueblo de Israel que en la “Nueva Alianza” (Cfr. Jer 31,31; Hb 8,8) con el envío de Jesús, encuentra su cumplimiento. El envía a sus discípulos a predicar el Evangelio. Los cuatro Evangelios terminan con el envío de los discípulos. Esto se ve especialmente claro en el capítulo final del Evangelio según San Mateo: “Id pues y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19 s).

Pentecostés es el día del nacimiento de la Iglesia: Desde el primer momento de su existencia ella habla todos los idiomas, y es, sin embargo, una en el mismo Espíritu. Ella no se ha vuelto universal mientras se fue extendiendo a lo largo del tiempo de ciudad en ciudad, de país en país. Ella es desde su origen fuerza del Espíritu Santo. Ella es “católica” o no es ella misma.

Por esta razón menciona San Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2,1-11) los nombres de los muchos países (12, en primer lugar los del mundo de su época) como signo de universalidad, desde el Este hasta el Oeste, desde el Norte hasta el Sur. Y luego él va más allá de estas coordenadas hasta Roma y hasta las islas (Creta). Ningún país puede ser olvidado. El Espíritu guía a la Iglesia por encima de las fronteras políticas y culturales y abre ante ella un horizonte universal.

Esta universalidad le fue escrita a la Iglesia en su “libro genealógico”, en Pentecostés. “Católica” es, en primer lugar, expresión de una misión universal, no solamente una denominación confesional. Sólo cuando nos guiemos por las visiones universales y los modelos bíblicos y vivamos según ellos, permaneceremos fieles a nuestro cometido. Estos nos muestran con claridad el plan que Dios tiene para nosotros: una Iglesia al servicio de un solo mundo.

Esto requiere valor para vivir la diversidad en la unidad. Cuando la Iglesia viva en todos los pueblos y hable todos los idiomas, ella será por sí misma multicolor. Eso tiene que ser ella por propia voluntad y permanecer así. Unidad y diversidad no son ninguna disyuntiva, ellas forman un conjunto. La Iglesia debe ser signo de unidad entre los pueblos. Así lo ha dicho el Concilio Vaticano II (1962-1965). Ella podrá esto solamente cuando ella misma sea lo suficientemente universal, es decir, cuando ella sea católica y permanezca católica.

Como el Espíritu de Pentecostés pone todo en movimiento, todos pueden colaborar como actores responsables y comprometidos, y contribuir con esta misión de la Iglesia. “Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños” (Hch 2,17) es lo que dice Pedro en su prédica de Pentecostés. Nuestra invitación y pedido de colaboración, vale para todos los que han encontrado en la Iglesia su patria en la fe. También es válida para aquellos que más bien desean mantener la distancia, que están a la búsqueda o se sienten unidos al cristianismo como cultura y atesoran sus valores éticos y su estética. Pues todos pueden, a su manera, explicar el Evangelio en nuestro tiempo y darlo a conocer a sus contemporáneos a través de su testimonio de vida. Misión no significa un emplazamiento, sino una invitación a la verdadera libertad. La invitación nos une unos con otros y da a la obra del Espíritu Santo un lugar también allí donde nosotros no contábamos con su soplo. Como en la Iglesia toda, así también el Espíritu Santo es quien lleva el compás en la Misión.

Testigos apostólicos

Como cristianos reconocemos que pertenecemos a la Iglesia apostólica. Ya la palabra “apostólica” expresa que toda la Iglesia y por eso todos sus miembros, somos enviados. El Concilio confirma que la Iglesia, gracias al envío del Hijo y del Espíritu Santo, es por su esencia divina misionera y, por consiguiente, todos sus miembros son enviados o mensajeros del Evangelio. Esta tarea apostólica compromete especialmente a los obispos de todo el mundo, los cuales como sucesores de los apóstoles junto con el Obispo de Roma, se responsabilizan de manera especial por toda la Iglesia (Cfr. *Lumen gentium* 22). El Concilio recuerda también a todos los otros miembros de la Iglesia la necesidad de su apostolado. A pesar de la diferencia en las distintas funciones hay una “unidad en el envío” (*Apostolicam actuositatem* 2).

Dos grandes personajes han personificado esta misión apostólica con tanta convicción que la Iglesia los ha nombrado Patrón y Patrona de la Misión Universal:

Con gran ímpetu misionero partió en sus años de juventud San Francisco Javier (1506-1552) en dirección a Asia. En un decenio de obrar sin descanso, se encontró él en India, Indonesia y Japón con otras culturas y religiones (hinduismo, budismo, shintoísmo e islam) y durante un proceso de aprendizaje intercultural llegó al discernimiento pentecostal de que primero uno debe aprender los idiomas extranjeros y comprender las culturas, para después poder anunciar el Evangelio “en otros idiomas”. Agotado, falleció delante de las puertas del Imperio Celeste (China), al cual él colocó en una posición clave para la misión en Asia.

Si Francisco Javier fue un hombre de acción misionera, así también se sentía la Patrona de la Misión comprometida con la contemplación. Santa Teresa de Lisieux (1873 – 1897) llevó una rigurosa vida como carmelita y su corta vida la vivió en el convento, a su manera – en oración y ascesis – para la misión. Como compañera espiritual de los misioneros, insistió la joven Maestra de la Iglesia de la época del colonialismo, en que la misión nunca debería tener lugar sin amor. A través de su vida y sufrimiento nos enseñó a vivir del amor de Cristo. Contemplación y acción son como dos alas, las cuales también conducen el actual resurgimiento a la misión universal.

Tocar la orla de su manto (Mt 14, 36)

I. Misión cristiana en el presente y en la historia

Dios está tan presente en nuestros días como lo ha estado en todos los tiempos de la Iglesia. Pero en tiempos pasados pudo haber sido más fácil ser consciente y sentir su presencia, ya sea en el Libro de la Naturaleza o en el Apocalipsis. Sin embargo, también hoy los seres humanos buscan y se preguntan de dónde vienen y a dónde van, qué es lo que se les tiene predestinado en ésta y en la otra vida. Ellos buscan orientación para su pensar y su actuar, sanación para sus males corporales y salvación para su alma.

Sobre la búsqueda de salvación y sanación nos narran los Evangelios. Nos cuentan cómo la gente quería, aunque sea, tocar la orla del manto de Jesús (Cfr. Mt 14,36). De este contacto esperaban la sanación. ¿Muchos de estos movimientos de búsqueda que tenemos hoy en día, formados religioso o secularmente, no están buscando precisamente tocar por lo menos la orla de lo divino? La imagen de “la orla del manto” puede explicar aún más la tarea de la misión, la de revelar a todos los que buscan y a los necesitados, la experiencia de la libertad que gozan los hijos e hijas de Dios y el conocimiento del verdadero rostro de Cristo.

1. Perfiles del presente

El mundo está muy movido. También lo está el mundo de las religiones y de la religiosidad práctica. Dos tendencias opuestas determinan en el presente las sociedades modernas: Por un lado se dan procesos de secularización y de distanciamiento de la Iglesia. Por el otro lado se desarrolla un clima muy propicio para la religión que sobre todo favorece a la religiosidad asiática y a las corrientes esotéricas. ¿Cómo reaccionamos nosotros ante todo ésto, sin escudarnos en nuestro propio pasado o amoldarnos al actual espíritu de la época?

Transformación de la cultura y globalización

Para poder comprender mejor las señales del tiempo miremos en primer lugar el actual desarrollo de la sociedad y de la Iglesia. Los motivos decisivos para la crisis de la Iglesia son hasta aquí “hechos en casa”, ya que nosotros no hemos observado suficientemente la transformación cultural. Esta es estimulada sobre todo a través de los procesos globales de modernización y no se manifiesta solamente en los nuevos movimientos sociales como los de emancipación y los de iniciativas de liberación, sino también en los nuevos movimientos religiosos, así como también en las corrientes fundamentalistas.

El Papa Pablo VI llamó al “rompimiento entre el Evangelio y la cultura” el “drama de nuestro tiempo” (*Evangelii nuntiandi* 20). Así, por ejemplo, la disolución de los círculos sociales católicos relativamente homogéneos ha dado lugar a que las formas tradicionales de la transmisión de nuestra fe, sean cada vez menos usadas. Por esta razón en el contexto de una cultura secular con sus grandes competencias de ofertas para los sentidos, el mensaje misionero de la fe aumenta progresivamente en significado. Encontrar y desarrollar nuevas formas de mediación para transmitir la fe cristiana, es una de las tareas de la Iglesia hoy.

Este desafío no nos encuentra desprevenidos. En el ambiente transitorio del cambio cultural, el Concilio Vaticano II desarrolló una nueva relación de la Iglesia con el mundo, con las otras religiones y con los distintos campos, como el de cultura, el de las comunicaciones, el de la educación, etc. El rechazo y el estar a la defensiva de ninguna manera deben determinar

nuestra relación, pero tampoco se trata de asumir una adaptación irreflexiva. Más bien debería darse prioridad al “principio pastoral”, según el cual la Iglesia “se siente muy unida con la humanidad y su historia” (*Gaudium et spes* 1) y es por eso que busca una relación tanto positiva como crítica. Así aseguró el Concilio no sólo continuidad y renovación, sino que también proveyó categorías para la comprensión y la configuración del mundo actual, que hoy está marcado por una ambigua “globalización”.

La globalización significa cambios económicos radicales, como tal vez un aumento en el comercio mundial a través de la apertura y la desregulación de los mercados, la interdependencia en el campo de las finanzas a lo largo del mundo o en las inversiones y de los lugares donde toman las decisiones las empresas multinacionales. Aparte de eso las nuevas posibilidades de telecomunicación han entrelazado a los individuos e instituciones en una compleja estructura y los hace dependientes los unos de los otros. Las naciones pierden su soberanía. Un sistema mundial acreditado internacionalmente (por ejemplo, los derechos de los pueblos) es reconocible y realizable por ahora sólo en forma de bosquejo. La creciente movilidad favorece el turismo internacional, que si bien es cierto incluye ciudades lejanas y playas, pocas veces favorece el llegar a conocer otras culturas y religiones.

La creciente movilidad no beneficia a todos. Por lo menos no a los hombres que, por razones de pobreza, ofrecen su trabajo aún sobrepasando sus propias fuerzas, para poder sobrevivir. Especialmente peligrosas son las redes de empresas con acción global de violencia, terror y criminalidad (por ejemplo, el tráfico de drogas, de armas o de personas).

La globalización tiene muchas caras. Algunos pronostican una colaboración a nivel mundial y una prosperidad global, mientras otros temen el aumento de la injusticia económica y de las divisiones sociales, por eso atacan lo que parece perjudicar la justa distribución de los bienes y los derechos de las culturas locales. ¿En qué consiste allí la misión de la Iglesia? ¿Qué tareas y competencia tiene ella en un mundo en el que reina el hambre y la pobreza y gran cantidad de países del Sur no tienen casi acceso al desarrollo económico? ¿Cómo puede la Iglesia colaborar con el proceso de la globalización que no es dirigido por una “mano invisible?” La fecunda fidelidad al Evangelio requiere de una globalización responsable y de una solidaridad con los pobres y débiles. “A saber, ellos son los privilegiados de Cristo, ellos deben ser también los privilegiados en su Iglesia. Sobre todo, ellos deben saberse representados por nosotros” (*Nuestra esperanza* III, 2)

Como “sacramento universal de la salvación”, la Iglesia tiene una misión espiritual y un amplio cometido para la salvación de los seres humanos (Cfr. *Lumen gentium* 48; *Ad gentes* 1). Con eso su misión tiene irreversibles consecuencias políticas. Por eso ella, como abogada de los derechos humanos, de la paz mundial y de una mejor justicia tiene que defenderlos. Debido a su misión universal y a su larga experiencia histórica ella tiene una responsabilidad especial para que se dé una configuración humana de la globalización. Ella se encargará de esto en colaboración ecuménica, pero también en cooperación con la comunidad de los pueblos, con los gobiernos correspondientes y las organizaciones no estatales. Ella no puede desoír el grito de los pobres y valora la globalización desde la perspectiva de aquellos que padecen necesidad y penuria.

¿Secularización o renacimiento religioso?

Las iniciativas misioneras se encuentran hoy con el doble reto de una creciente secularización y una privatización religiosa. A primera vista parecería que la secularización domina el terreno. La disminución de la religiosidad relacionada a la Iglesia se muestra en Alemania, por ejemplo en la celebración dominical de la Misa. La asistencia regular ha bajado considerablemente en los últimos decenios. También la descendente cifra de las vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa, así como la de las vocaciones misioneras, habla por sí sola. Con eso, sin embargo, no está todo dicho en lo referente a la religión.

Con las teorías críticas sobre la religión del siglo XIX, se dió por descontado hasta fines del siglo XX, que el progreso y la racionalización iban a desencantar al mundo y que las religiones, a la larga, no eran necesarias. Sin embargo, estos pronósticos no se han cumplido. Todo lo contrario, se ha desarrollado un mercado de ofertas religiosas e ideológicas, lo cual indica una ambivalente revitalización religiosa. Para las iglesias representa un gran reto de la misma manera como lo es la secularización.

¿En las sociedades modernas crece la conciencia religiosa? Los grandes riesgos en el ámbito del medio ambiente, la orientación de los valores, las relaciones sociales y los vínculos familiares, logran evidentemente una nueva disposición para la religión. Los teóricos de la cultura ven por consiguiente no solamente la aparición de soluciones condicionadas a la modernización, sino también productivas tendencias religiosas en acción. En la realidad, las ayudas esotéricas para la vida y el interés por los rituales del lejano Oriente, por el florecimiento de los mitos y la magia, por las terapias psicoreligiosas y las teorías ecofilosóficas, indican el deseo de una nueva transformación del mundo. ¿Cómo se puede valorar este pluralismo religioso y ético a la luz de la fe cristiana?

Universalmente el descenso de lo religioso no es lo que determina el futuro, sino el resurgir de lo religioso en todas sus posibles facetas. En el ámbito del cristianismo, las entusiastas y carismáticas formas de religiosidad registran el mayor crecimiento. Ellas son muchas veces una respuesta a la necesidad social, pero también al vacío espiritual de las sociedades de consumo. Lo mismo es válido para los nuevos movimientos religiosos, que fuera del cristianismo o como pedazos prestados del cristianismo, surgen en todos los continentes y algunos de ellos se extienden también por Europa.

La modernización y el cambio cultural del presente no llevan inevitablemente a la aridez religiosa, sino todo lo contrario, a una nueva búsqueda de los orígenes y de las fuentes de identidad, hacia nuevas formas de comunidad y a valores que nos orienten. Todos los esfuerzos misioneros de la Iglesia deben tener en cuenta este nuevo entorno religioso. Si nosotros deseamos testimoniar en esta situación, la libertad y verdad del Evangelio, entonces se necesita un discernimiento espiritual bien marcado y un claro perfil, que en la renovación en continuidad y contradicción haga valer de modo categórico la catolicidad de nuestra fe.

Renovación de la conciencia misionera

El cambio cultural de nuestro tiempo no deja nuestra conciencia misionera indiferente. Ciertamente el interés en la misión de la Iglesia ha disminuido en los últimos años, hasta la no aceptación de cada una de las exigencias misioneras y la disminución de las donaciones para las obras de las misiones. Es cierto que muchos de los miembros pasivos de la Iglesia,

permanecen unidos al cristianismo como cultura, pero se comportan con reservas frente al compromiso misionero. Críticos de la misión cristiana, llaman la atención sobre el lado oscuro que se tuvo durante la propagación del cristianismo, como también sobre el pluralismo religioso que no permite ningún derecho absoluto a la verdad. Debido a históricas hipotecas, se le imputa a la misión de la Iglesia ser el resto que queda del pensamiento colonial o ser una expresión de la arrogancia occidental. Ya que la misión cristiana habría obrado muchas veces con coacción y violencia, ella debería ahora abdicar. También en las siguientes estrofas del tesoro de canciones populares religiosas se refleja esta ambivalencia: por un lado se dice: “canten al Señor todos los pueblos y razas”, pero por otro lado también: “cuidate de los otros colores, protégete de la guerra, deja el misionar, la paz se llama triunfo”.

Es para reflexionar lo que Madeleine Delbrêl nos escribe en el “libro genealógico”: “Nosotros no anunciamos ninguna buena noticia, porque el Evangelio no es ninguna novedad para nosotros, ya nos hemos acostumbrado a él, se ha convertido en una vieja novedad para nosotros. El Dios viviente no es ya ninguna fortuna inmensa y desorbitante. [...]. Nosotros no nos damos cuenta de eso, de lo que sería para nosotros la presencia de Dios, por eso tampoco podemos imaginar lo que ésta es para los otros. Cuando hablamos de Dios, hablamos de una idea, en lugar de dar testimonio de un amor perdurable que hemos recibido y que nos ha sido regalado. Nosotros no podemos predicar a los no creyentes nuestra fe, como una liberación de la insensatez que es, un mundo sin Dios, porque nosotros no notamos esa insensatez. Nosotros anunciamos a Dios como nuestra propiedad, nosotros no lo anunciamos como la vida de todo lo viviente, como el prójimo más inmediato a todo lo que vive” (*Nosotros los vecinos de los comunistas*, 238).

¿Cómo se puede, en esta situación, despertar de nuevo y alentar la conciencia misionera? La crisis no puede ser manejada simplemente. Es algo que tiene que ver con la fe. En una autocrítica dice el Concilio: “Aún en nuestros días no se le oculta a la Iglesia que es grande la distancia entre el mensaje que ella predica y la humana debilidad de aquellos a quienes se confía el Evangelio. Sea cual fuere el juicio que la historia pronuncie sobre estos defectos, debemos ser conscientes de ellos y combatirlos valientemente para no perjudicar la difusión del Evangelio” (*Gaudium et spes* 43). Unos años después, Pablo VI volvió a hablar nuevamente sobre esto. Como comunidad de fe y esperanza encarnada, como comunidad de amor fraterno, debería la Iglesia misma saber siempre lo que ella tiene que creer, cuáles son las razones de su esperanza y lo que significa el nuevo mandamiento del Amor. “La Iglesia portadora de la Evangelización comienza así a evangelizarse a sí misma” (*Evangelii nuntiandi* 15). Eso no se refiere solamente al campo espiritual personal. Se trata de la relación entre el actuar misionero y la reforma interna de la Iglesia. Antes de que la Iglesia evangelice a otros, ella misma tiene necesidad del Evangelio. Todos estamos bajo la promesa del Evangelio y bajo su juicio. Debemos meditar sobre ambas cosas.

La promesa de la redención es la base de nuestra misión. Muchas veces pensamos y decimos: “el mundo ya no tiene salvación”. Sin embargo olvidamos que: “Tanto amó Dios al mundo que dió a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El” (Jn 3,16 s). Este es un punto de partida digno de confianza para la misión: nosotros no tenemos que salvar al mundo, en Jesucristo ya fue salvado. Este es el resumen del Evangelio.

La historia y la actualidad de la Iglesia está, por todo lo que se ha hecho mal, bajo el juicio del Evangelio. Muchas veces se han impuesto ideas demasiado humanas admitidas más bien por ser las más usuales: “Dios es fuerte y poderoso, y por eso también tiene que serlo la Iglesia. Si nosotros somos fuertes, entonces también Dios es fuerte, si nosotros somos poderosos, también Dios es poderoso”. Esta lógica del poder, oprime muy fácilmente el respeto a la libertad de los otros y no es la lógica de Jesucristo, el crucificado: “Pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Co 12, 10; Cfr. Tentaciones en el desierto Mt 4,1-11). En el camino hacia un resurgimiento misionero la Iglesia no puede avanzar sin la humilde y valerosa superación de su falla y su culpa. La fase inicial de la Evangelización de Jesús dice: “¡El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva!” (Mc 1,15).

Nosotros no podemos conservar para nosotros nuestras fuerzas y energías nacidas de la esperanza. Ellas quieren llegar al mundo. Nosotros tenemos una deuda con el mundo y es hacer llegar el Evangelio. Hay muy buenas razones para fortalecer el nuevo interés que se manifiesta por la Misión y para hablar más allá de nuestras fronteras culturales, sobre la necesidad y la bendición de ser misionero cristiano e Iglesia misionera. Un motivo es la certeza de que el anuncio de la Buena Nueva entre todos los pueblos y culturas, como siempre, es el mejor servicio que la Iglesia puede brindar a los hombres. “Una Iglesia que no misiona, no es misionera” (Madeleine Delbrêl). No podemos hacer otra cosa que compartir con otros, lo que Dios con amor nos participó.

Entonces ¿por qué aún la misión en el tercer milenio después de Cristo? Porque la Iglesia como Pueblo Peregrino de Dios, a lo largo de la historia, ha sido colmada de dones y a la vez ha sido tomada a Su servicio. Ella reconoce que su servicio consiste en que, con la fuerza del Espíritu, testimonie “el Evangelio del Reino de Dios” (Lc 4, 43) que en Cristo ha tomado rostro humano y que éste sea traducido a todas las lenguas. Al comprenderse ella misma como “signo e instrumento de la íntima unión con Dios así como también de la unidad de toda la humanidad”, conmina a los creyentes a estar conscientes de su misión universal. Justo en estos tiempos de la globalización, parece ser especialmente urgente que: “todos los hombres unidos hoy más íntimamente por toda clase de relaciones sociales, técnicas y culturales, consigan también la plena unidad en Cristo” (*Lumen gentium* 1).

El mejor servicio que podemos prestar hoy a los hombres y a las naciones, consiste en que como pueblo de Dios, de entre todos los pueblos que ha sido constituido en orden “a la comunión de vida, de caridad y de verdad” (*Lumen gentium* 9), colaboremos en la reunión y reconciliación de los pueblos. Este servicio une la fe a la “Bondad de Dios y su amor a los hombres” (Tt 3,4), con la misión de la justicia entre los pueblos. Es un servicio tanto a la libertad como también a la verdad, que están unidas entre ellas inseparablemente: “La verdad los hará libres” (Jn 8,32).

2. Enseñanzas de la historia

Para la renovación de la conciencia misionera es muy beneficioso el sólido conocimiento de la historia de la misión universal. Nuestra percepción de la realidad de la Iglesia sería muy limitada, si nosotros sólo nos remitiésemos a la situación actual y no tomásemos en cuenta el desarrollo histórico de la Iglesia universal de ahora. Una mirada a la historia de la misión, con su larga paciencia histórica, nos puede capacitar para bosquejar el perfil de una enseñanza

del Evangelio para todos los pueblos, apta para el futuro.

Desde los primeros cristianos hasta la Edad Media

Los impulsos comunicativos que genera la fe cristiana, nos lo muestra ya la experiencia de aquel que después de haber tenido un encuentro con Jesús, sentía la urgencia de informarle a otros lo sucedido. “Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca” (Mt 12,34). Jesús envió a sus apóstoles como predicadores ambulantes para que ellos anunciaran la Buena Nueva del Reino de Dios, en las casas y poblaciones de sus contemporáneos judíos, para renovar las doce tribus de Israel y congregar al Pueblo de Dios para el final de los tiempos (Cfr. Mt 10,5-15). En su aparición, después de la Pascua de Resurrección, Cristo resucitado amplía el campo de la misión, ésta debe estar dirigida a todos los pueblos (Cfr. Lc 24,47).

Según la visión profética, Jerusalén fue la meta de la peregrinación de los pueblos (Cfr. Is 2,2). Este lugar de la muerte en la cruz y de la resurrección de Jesús, será ahora el punto de partida de la misión. Desde Jerusalén el mandato misionero del Resucitado se difunde “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). El suceso de Pentecostés los capacita para comprender la Buena Nueva, cada uno en su propia lengua nativa (Hch 2,5-11).

San Pablo pertenece a los primeros testigos más importantes del Evangelio, quien de perseguidor pasó a ser profeta de la fe cristiana entre los pueblos. “Enviado por el Espíritu Santo” (Hch 13,4), se marchó hacia la región del Mediterráneo para anunciar al mundo greco – romano la Buena Nueva, lo cual fue para muchos contemporáneos una escandalosa contrariedad. La universalidad del Evangelio, pero también su estado de ciudadano romano, lo impulsaron a no circunscribirse sólo a Asia menor. Debido a una visión se puso en camino hacia Europa y llegó a la capital del Imperio Romano, donde perdió su vida como mártir.

Muy pronto surgieron comunidades cristianas en numerosas poblaciones. Con sorprendente y rápido despliegue, el Evangelio consiguió llegar a lo largo de la ruta comercial del Imperio Romano, a las ciudades de la región del Mediterráneo: hacia Asia Menor, Grecia, España, África del Norte y Egipto. Los que se comprometieron en el nuevo camino de la fe fueron llamados por primera vez “cristianos” en la antigua ciudad de Antioquia (Cfr. Hch 11,26). Muy pronto siguió la expansión hacia Etiopía y a las Islas Británicas. Todo esto sucedió sin ninguna planificación mediante la fuerza interior del cristianismo, con sus creyentes convencidos y sus resplandecientes comunidades. Políticamente favorecida a través de la tolerancia de la nueva religión (313) y del cambio constantiniano creció la Iglesia Imperial romana de la antigüedad tardía. Los monacatos cristianos que se desarrollaron en el Alto Egipto, dieron lugar en la Iglesia Occidental a la creación de conventos que se convirtieron en centros misioneros de desarrollo cultural y espiritual. San Benito de Nursia (480-547) y el monacato occidental han dado a través de los siglos un impulso definitivo para la formación de una Europa cristiana.

Después de la caída del Imperio Romano y de la migración de los pueblos, a principios de la Edad Media, se llegó a misionar al pueblo germano. Allí el mensaje cristiano universal se topó con el pensamiento radical de estas culturas. No se conocía la conversión personal, si no que se daba solamente un cambio colectivo de religión, si el jefe de la tribu se dejaba bautizar en el nombre del “Dios más fuerte”. Así bautizó el Obispo Remigio de Reims al rey franco Clodoveo (alrededor del año 500), cuya decisión tuvo un efecto duradero. La

introducción del Evangelio en las culturas germanas le dio un carácter propio a la comprensión de la fe y a la imagen de Cristo, como se puede leer en el antiguo Evangelio sajón de Epos Heliand (Poema Épico de Heliand, por el año 830) que procede del entorno del sabio Obispo de Maguncia, Hrabanus Maurus.

Irlanda, situada en el extremo occidental de Europa, vivió una temprana conversión al cristianismo por intermedio del inglés San Patricio (365-461). El Papa San Gregorio Magno envió misioneros a Inglaterra en el siglo VII, que ya en el tiempo de los romanos conocía la formación de las primeras comunidades cristianas. Por otro lado, los monjes irlandeses trajeron el Evangelio al continente. Así hicieron obra Columbano en Francia, Galo en el lago de Constanza, y Kiliano en la región del Meno. En la Baviera de aquella época misionaron Emeram y Corbinian que procedían de Galia. Pirmin obró en el Alto Rin.

Por su fervor misionero en la Edad Media temprana en nuestro país tiene un lugar especial el nombre del monje anglo sajón y más tarde obispo, Winfredo Bonifacio (675-754) a quien nosotros veneramos como el “Apóstol de Alemania”. El fue al mismo tiempo el constructor de la Europa cristiana. Por encargo del Papa misionó en cuantiosos lugares de nuestro país y reorganizó la Iglesia en Baviera y Turingia. Durante la administración de la confirmación en la ciudad frisia de Dokkum, fue víctima de un ataque a mano armada y posteriormente fue enterrado en Fulda. Su trabajo misionero fue secundado por las abadesas Lioba y Walburga.

Gracias a Ansgar (+865) el primer obispo de Hamburgo / Bremen, llegó el cristianismo a Dinamarca y Suecia. En Islandia fue aceptado en el año 1000, a través de la decisión del Thing. Al mismo tiempo el rey Estefan, quien como jefe del pueblo se había dejado bautizar, llevó adelante la cristianización de Hungría. En la evangelización de los pueblos eslavos en el siglo IX, obraron como orientadores los hermanos griegos Cirilo y Metodio, quienes habían sido enviados por el emperador del Reino Bizantino. En Polonia el duque Miesco I, unió las tribus eslavas y con su bautizo (966) inició la cristianización. El gran príncipe Vladimiro de Kiev se dejó bautizar en el 989 y nombró al cristianismo como la religión oficial del Imperio de los Rus. El Arzobispado de Magdeburgo tuvo un papel central en la cristianización de Europa Oriental. El Obispo Oto de Bamberg misionó en el siglo XII a los pomeranos a ambos lados del río Oder. La Orden Teutónica llevó el cristianismo a los prusos y al Báltico, lamentablemente no sin violencia. Con el bautizo del gran príncipe lituano Jagielo en el año 1386, cuando Vladislao II era rey de Polonia, el cristianismo ya se había convertido en la religión nativa de todos los pueblos europeos.

Desde el principio, la misión cristiana superó las fronteras de Europa. Los emperadores del Imperio Bizantino permitieron misionar haciendo un gran arco desde el Cáucaso hasta Nubia. En Siria (Edessa), Mesopotamia y Persia surgieron fuertes iglesias católicas. Armenia, Georgia, Etiopía y las tribus árabes aceptaron el cristianismo. En Malabar, al sur del continente indio, los cristianos de Santo Tomás, condujeron la iglesia de acuerdo a la actividad misionera del Apóstol Tomás. Su tumba es venerada en Malayapuram (Madras). Los misioneros de la Iglesia en Oriente llevaron el Evangelio en el siglo VIII a través de la vía comercial (Ruta de la Seda) hasta China. A esta misión le debemos la descripción más antigua de Cristo, en el lenguaje asiático de símbolos. También de la Iglesia en Occidente partieron empresas misioneras hacia el Oriente. Las recién fundadas órdenes mendicantes de la Edad Media alta (franciscanos, dominicos) fueron a la vez movimientos misioneros. Ellos partieron hacia

Asia en el siglo XIII. Guillermo de Rubruk sostuvo diálogos religiosos con el Gran Khan de los mongoles, Juan de Montecorvino fue algo más tarde (1308) el primer obispo de Beijing (antigua Khanbaliq).

Esta breve mirada a los esfuerzos misioneros de la Edad Antigua y la Edad Media nos muestra portadores de la Misión totalmente diferentes: papas y comerciantes, obispos y monjes, reyes y guerreros, mujeres y hombres. Si los unos intentaron junto con el respectivo príncipe del lugar cristianizar a las “a los de arriba”, los otros trataron “desde abajo” a través de los testimonios de vida dignos de fe, de los misioneros o de las órdenes religiosas. Los métodos misioneros fueron en general muy diferentes: desde las prédicas de fe pacíficas hasta las conquistas guerreras, desde los diálogos interreligiosos hasta la decisión común del pueblo. Con toda la multiplicidad de las formas usadas y las tensiones entre algunas misiones en sus comienzos, sorprende el gran ímpetu misionero para dar a conocer el Evangelio a los pueblos en todos los idiomas y fundar la Iglesia en las distintas culturas.

Expansión europea y la misión en la Edad Moderna

A principios de la Edad Moderna la misión cristiana experimentó en el sotavento de la expansión europea hacia África, Asia y América, un enorme impulso. Cuando los reyes españoles y portugueses, al término de la dominación islámica en la Península Ibérica en 1492, ampliaron sus empresas de descubrimiento y de conquista, la misión en los territorios conquistados estaba bajo el protectorado real. Después de la caída de las dos grandes antiguas culturas americanas, la Azteca y la Inca, y de haber conquistado otros territorios en la época de la colonia (Siglo XVI hasta principios del Siglo XIX), llegó una oleada de religiosos, (más de 15,000) como misioneros, a la América española y portuguesa; los franciscanos los superaban a todos numéricamente. Todos ellos llegaron para llevar a cabo la “conquista espiritual” de los países. Los dominicos Antonio de Montesinos y Bartolomé de las Casas fueron los primeros que protestaron contra la opresión y esclavitud de los indígenas y con recursos pastorales, políticos y legales, abogaron por su protección.

A de Las Casas (1484-1566), quien más tarde fue obispo en Chiapas, ciudad al sur de México, le debemos la Teoría de la Misión, sobre la “única forma de convocar a todos los pueblos a la verdadera religión”, que en aquella época no fue impresa. Esta se basa en que hay que excluir todos los medios de coacción y solamente emplear el convencimiento de la razón y la suave seducción de la voluntad, es decir, hablar a la facultad de verdad y de libertad que tiene el hombre. Los misioneros adquirieron el mayor número de conocimientos básicos de cada una de las culturas y de los idiomas. La gran mayoría de las descripciones etnográficas de los antiguos pueblos americanos vienen de los misioneros, como tal vez la obra sobre la cultura azteca, del franciscano Bernardino de Sahagún.

Bajo las órdenes de los padres jesuitas se tuvo en Sudamérica uno de los más conocidos proyectos misioneros: “las reducciones”. Es decir, las poblaciones formadas por nativos que habían vivido casi nómades y se les reunía en estos lugares para protegerlos de la explotación de los colonizadores y de los cazadores de esclavos. Estas reducciones llegaron a convertirse en ejemplares comunidades cristianas. Estas surgieron en el Siglo XVII y XVIII entre los guaraníes (Paraguay), los chiquitos y mojos (Bolivia) así como también en la región del Amazonas y del Orinoco. Muchos religiosos misionaron también durante el tiempo de la Colonia entre los pueblos brasileños, principalmente San José de Anchieta (1534-1591),

quien escribía en tres idiomas; entre ellos, también en el idioma indígena Tupi. Él fue el padre de la Iglesia y de la cultura brasileña. Misioneros de distintas órdenes religiosas llevaron también el Evangelio a los aborígenes de la actual América del Norte. Además cartografiaron el Nuevo Mundo y lo primero que describieron fue el recorrido del Mississippi y del Amazonas.

En el inmenso e inexplorado continente africano se dieron en aquella época unos esfuerzos misioneros relativamente de poca consideración, sobresaliendo entre ellos, las misiones en el reino del Congo, en Etiopía y en el Imperio del rey Monomotapa. Una permanente herida de la humanidad y de la historia del cristianismo es el comercio de esclavos africanos y la esclavitud en América del Norte y del Sur, la cual se dió por varios siglos, aún cuando misioneros como San Pedro Claver en Cartagena (hoy Colombia) o el capuchino Fray José en Bahía (Brasil) abogaron por los esclavos. En Brasil se dió fin oficialmente a la esclavitud poco antes de aparecer la primera Encíclica Social *Rerum novarum* (1891).

Las misiones de la Edad Moderna Temprana en Asia siguieron un modelo distinto, ya que en la regla no se dieron en conexión con conquistas europeas y no se encontraron con grandes culturas. La entrada de los misioneros a países como India, Japón y China se vio facilitada por los contactos culturales y comerciales generalmente pacíficos. Después de que San Francisco Javier y Alessandro Valignano dejaron sentadas las razones prácticas (el primero) y las razones teóricas (el segundo) de la “acomodación”, de la adaptación cultural, las misiones en Asia experimentaron una época de florecimiento, aún a pesar de que el siglo cristiano de Japón (1549-1639) terminó con una sangrienta persecución. Sobre todo en China, se valieron los jesuitas de un método misionero que se caracterizó por la adaptación a las costumbres chinas y el acercarse a lo más selecto de los políticos y eruditos. Los misioneros consideraban las ciencias europeas (matemática, astronomía, geografía) y las artes (pintura, arquitectura) como medios apropiados para el cambio intercultural y practicaron la tolerancia frente a los “ritos” de Confucio y el culto a sus antepasados. Este método permitió que talentosos misioneros como el italiano Mateo Ricci, Juan Adam Schall von Bell de Colonia, o el flamenco Fernando Verbiest fueran personas influyentes en la corte y fundadores de comunidades cristianas.

En China los comerciantes coreanos conocieron el cristianismo, se dejaron bautizar y sin la colaboración de misioneros extranjeros, fundaron en 1784 la Iglesia en Corea. “La querrela de los ritos” en China terminó con la prohibición papal (1704) la que anunció el fin de esta empresa misionera. Un destino parecido sucedió con el proyecto de la inculturación del cristianismo en el sur de la India, que Roberto de Nobili (1577-1656) había iniciado entre la casta de los brahmanes.

Para privar a la misión de la influencia de las fuerzas políticas y hacer que ésta, a través de su adaptación a las culturas extranjeras y a la creación de un propio clero “nativo”, Roma creó en el año 1622 su propia autoridad misionera: la *Congregación de la Propagación de la fe* (*Congregatio de propaganda fide*). La desconcentración de la política colonial y de la tarea misionera se evidenció sin embargo como algo difícil y complicado.

Después de la decadencia que se tuvo durante el tiempo de la ilustración europea, la misión experimentó nuevamente en el siglo XIX un sorprendente impulso que abarcó no solamente a las órdenes religiosas, sino también a muchos laicos. Las nuevas sociedades misioneras, generalmente a cargo de mujeres, supieron unir la oración común con la ayuda

material y contribuyeron así al desarrollo de una conciencia misionera. Entre las numerosas congregaciones misioneras que se fundaron en aquel tiempo está la de *la Sociedad de la Palabra Divina* más conocida como los Misioneros de Steyler fundada en el año 1875 por Arnold Janssen (1837-1909). Por primera vez en aquellos tiempos una considerable cantidad de religiosas se fue a territorios de misiones. Aparte de las misiones en Asia y Oceanía como también entre los *nativos* de USA, era sobre todo el África subsahárica, uno de los continentes más extenso y desconocido, el campo propicio para los grandes esfuerzos misioneros. Ciertamente estaban estos esfuerzos nuevamente bajo una hipoteca colonial. Las potencias coloniales europeas de ese tiempo, entre ellas también Alemania, se habían dividido África entre sí, así como también las órdenes religiosas, congregaciones e institutos que allí misionaban, recibían “su” jurisdicción para misionar en el continente. Recién la orientadora Encíclica Misionera de Benedicto XV, *Maximum illud* (1919) dió después de la Primera Guerra Mundial, una contraorden a cada misión colonial, y reivindicó el desarrollo de las iglesias nativas.

Luces y sombras en la historia de la misión

La imagen confusa de la historia de la misión a la que también han contribuido las otras iglesias cristianas y comunidades, no se puede catalogar simplemente en aspectos positivos o negativos. Así como la historia de cada ser humano y de la humanidad tiene lados buenos y lados malos, así también la historia de los esfuerzos misioneros los tiene. Ella muestra por un lado rasgos claros de sacrificios desinteresados que se ofrecieron por la fe y la justicia del Reino de Dios. Por otro lado, no debemos olvidar en ningún momento lo que contradecía al Evangelio en la historia de la misión. En principio, era un hecho que la expansión del Evangelio solamente podía tener lugar en un encuentro pacífico, a través de una convicción de corazón y de una libre aceptación de la fe y del bautizo. Pero no pocas veces se dieron fracasos debidos a su propia culpa y el empleo de métodos que no concordaban con la fe predicada o que hasta la contradecían (Cfr. *Dignitatis humanae* 12). Por esa razón no se puede ni glorificar la Historia de la Misión ni ponerla bajo sospecha general o denunciar públicamente sólo sus errores. Una mirada no sólo a sus obras duraderas sino también a las cargas históricas, nos puede ayudar a conseguir una orientación de la misión de hoy.

El mensaje bíblico de la salvación universal es el regalo permanente de Israel y del cristianismo a la humanidad. Ella parte de la unidad del género humano y de la igualdad de todos los hombres. Como se tiene que reconocer que “y a todas las naciones llegue su salvación” (Sal 67,3), así también se dirige el Evangelio a todas las naciones (Cfr. Lc 24,47) y traspasa aquellas fronteras que representan los idiomas, los colores de la piel, las culturas y religiones, la clasificación de género o social. La fe en el Evangelio y la integración en la Iglesia no suprimen estas diferencias, sino que crean una nueva unidad. “Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois ‘uno’ en Cristo Jesús” (Ga 3,28; Cfr. Col 2,11). Por eso la fe en Cristo no es la herencia exclusiva de un grupo étnico, sino que está abierta para todos los pueblos.

El universalismo nos lleva también al reconocimiento de otras culturas y el ser diferente culturalmente, ya sea en América, África, Asia u Oceanía. Aquel se sobrepone al tan generalmente extendido etnocentrismo, cuya consecuencia es poner al propio grupo étnico como el centro del mundo, mientras los otros por naturaleza serían bárbaros de poco valor.

El ir al encuentro de las culturas, que fue denominado “adaptación” y que hoy con un sentido más profundo se le conoce como “inculturación”, tuvo y tiene como fin la superación de estos criterios etnocéntricos. No se encontraba solamente en Europa, sino también en China y en otros países. La misión tiene como meta la “catolicidad” que acoge la riqueza de las culturas locales en la comunidad global de la Iglesia. Cuando sentimientos etnocéntricos de superioridad irrumpían en la comprensión misionera cristiana, a través de la protesta profética de los misioneros, se daba también una propia corrección.

El reconocimiento y la estima de cada una de las otras culturas se muestra también en la comunicación intercultural. Para garantizar estas comunicaciones los misioneros emprendieron grandes esfuerzos, como aprender los idiomas del mundo de la época y elaborar tanto diccionarios como gramáticas. Así apareció la gramática escrita por Alonso de Molina en la lengua Náhuatl (la que se hablaba en el Reino Azteca), mucho antes que la primera gramática alemana (1573). El misionero Alejandro de Rodas (1593-1660) estableció la forma de escribir de los vietnamitas, que hoy todavía está en uso.

La acción humanizadora de la misión se le tiene que agradecer a muchas mujeres y hombres que habían seguido el llamado de Jesús y que hicieron del cometido misionero de la Iglesia la tarea misionera de su vida. Nosotros no podemos olvidarlos. Ellos abogaron por la totalidad de las necesidades de los seres humanos y se preocuparon por su formación, por la prevención para su supervivencia y por la ayuda en la necesidad. Ellos no consideraron esta “ayuda para el desarrollo” como una alternativa para el anuncio de la fe sino como su componente integral. Esta amplia comprensión de la salvación está de acuerdo con el envío de Jesús, de “proclamar el Reino de Dios y de curar” (Lc 9,2) y de sentar un signo de la multiplicación de los panes: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37).

Finalmente con el tiempo se desarrolló el método del diálogo para las relaciones con las otras religiones. De eso dan testimonio los diálogos literarios religiosos de la Edad Media (Cfr. Raimundo Lulius, Nicolás Cusano), pero también los diálogos concretos que fueron sostenidos por los misioneros en la Edad Moderna Temprana, por ejemplo, con los sabios aztecas en México, con los monjes budistas en Japón o con los eruditos musulmanes en el Imperio indio de Mogul.

Los lados oscuros de la historia de la Misión los tenemos hoy claramente ante nuestros ojos. Sería anacrónico juzgar a todas las épocas de la historia con las medidas actuales. Las faltas se basaban tal vez en la ausencia de separación del estado y la religión o se remontaban a los responsables de la Iglesia que a menudo no hacían ninguna crítica y no acentuaban lo suficientemente las alternativas del Evangelio quedándose detenidos en las ideas usuales de su época. Ejemplos de eso son el mencionado etnocentrismo, también el Patronato Real sobre la Iglesia o la fusión de colonialismo europeo y misión cristiana. La instrumentalización política de la misión a través de las potencias coloniales, ha ocasionado grandes perjuicios a la credibilidad de la misión.

No pocas veces el inadecuado comportamiento misionero se basó en una deficiente o errada interpretación de las Sagradas Escrituras. Así la afirmación de la Biblia: “El que crea y sea bautizado, se salvará”, motivó por un lado a los misioneros a una acción total. Pero con referencia al siguiente pasaje: “El que no crea, se condenará” (Mc 16,16) se pensaba, que se tenía que salvar a los pueblos de la condenación a través de las guerras contra los paganos o

misionar con la espada. La invitación al banquete “Sal a los caminos y cercas y obliga a entrar hasta que se llene mi casa” (Lc 14,23) fue no pocas veces malentendida, como carta de franquicia, para apremiar a los otros a que se bautizasen o hasta para obligarlos a hacerlo. Debemos atribuir a la fuerza del Evangelio que los seres humanos, a pesar de aquellas situaciones adversas, descubrieron el verdadero mensaje y se mostraron críticos frente a aquellos, que con su propio comportamiento se contradecían a sí mismos.

En lo que concierne a las religiones no cristianas, ellas fueron la mayor parte de las veces juzgadas en forma negativa en la historia de la misión y a menudo fueron vistas como imitaciones desfiguradas de la verdadera religión, a las que había que combatir. El punto de referencia bíblico de estos conceptos, era la crítica de Israel al culto de los dioses extranjeros que en el Decálogo era rigurosamente prohibido (Cfr. Ex 20, 3-5) y al cual los profetas censuraban duramente como quebrantamiento de la Alianza (Cfr. Jr 3, 1-13), o lo ridiculizaban como veneración de ídolos engañosos (Cfr. Am 2,4). La lucha contra los dioses de las otras religiones, parecía a los misioneros justificada para defender su propia “religión verdadera”, especialmente cuando el sacrificio sangriento de seres humanos, como en el caso de los sajones y los eslavos en Europa o los aztecas en América, parecía reclamar la protección de las víctimas.

Por muy serios y de graves consecuencias que sean los errores, nosotros sólo podemos contestarlos, en la proclamación de la fe, con argumentos y explicaciones. El Papa Pablo III arrojó luz sobre ésto, cuando él proclamó en la Bula *Sublimis Deus* (1537) el derecho de los nativos de América a la libertad y a la propiedad, aún cuando ellos no se volvieran cristianos. El erudito español Francisco de Vitoria (1483-1546) demostró con argumentos el reconocimiento del otro, con el derecho a la comunicación y a la misión y puso así los fundamentos para el actual Derecho de los Pueblos.

Luz y sombra de la historia demandan de nosotros una formación de juicio a partir de la fe. La certeza de la fe nos hace libres para esto. Es decir, no caer en la autoinculpación sin consecuencias, ni en la condenación de los otros. “Nosotros los cristianos no confiamos en nosotros mismos y por eso no necesitamos repetidamente partir en dos nuestro propio presente y nuestra propia historia y mostrar continuamente sólo el lado bonito, como lo hacen algunas ideologías, que no tienen ninguna otra esperanza como no sea la de esperar en ellos mismos. En este sentido es la disposición a la autocrítica un testimonio de nuestra específica esperanza cristiana, que la Iglesia guía siempre de nuevo hacia una intensa investigación de la conciencia” (*Nuestra Esperanza* II, 3).

No hay prueba más convincente para la fuerza de la disposición cristiana, para la reconciliación, como la capacidad de reconocer la propia culpa confiando en la misericordia de Dios, expresar su arrepentimiento e implorar el perdón delante de Dios y de los seres humanos.

En el Año Santo 2000, durante el tiempo de penitencia de la Pascua de Resurrección, el Papa Juan Pablo II llevó el peso de la historia a la presencia de Dios y, en nombre de la Iglesia, depositó un reconocimiento de culpa, para limpiar la memoria de la Iglesia. La súplica del perdón que contenía siete peticiones incluyó también los pecados cometidos durante los empeños misioneros; por ejemplo: la imposición de la verdad a través de la fuerza, métodos de intolerancia o delitos contra las otras culturas y religiones. La confesión papal se refirió no sólo al pasado, sino que también dió orientación para los futuros caminos de la Misión.

La verdad os hará libres (Jn 8,32)

II. La Misión universal en el perfil teológico

Si miramos la herencia histórica y la situación actual, nos encontramos frente a la tarea de fundamentar y desarrollar hoy la misión de la Iglesia, para que de este modo ella no sólo permanezca fiel a sus orígenes, sino también a los seres humanos y pueblos de nuestro tiempo. A la vez nos unimos a las palabras de Juan Pablo II, quien exhortó a los cristianos de Europa a “no separarse de su historia” (*Ecclesia in Europa* 64), es decir, de las generosas acciones misioneras entre los pueblos.

1. El sujeto y la razón de la misión

Los puntos principales para una fecunda comprensión de la misión los ha enunciado el Concilio Vaticano II, que ha dado una nueva posición a la Iglesia en el mundo y la ha inspirado para el futuro. En el Concilio estuvieron presentes, por primera vez en la historia, obispos de todos los continentes y representaron los distintos idiomas y pueblos del mundo. Aquí la Iglesia católica como Iglesia universal, llevó a cabo públicamente lo que desde Pentecostés está escrito en su “libro genealógico”: ser Iglesia de todos los pueblos y para todos los pueblos.

De Iglesia occidental a Iglesia universal

Así se llevó a cabo una transformación: de ser Iglesia occidental pasó a ser Iglesia universal. De ser una Iglesia europea fuertemente caracterizada pasó a ser una Iglesia enraizada en las distintas culturas. La multiplicidad de las Iglesias particulares muestra la “indivisa catolicidad de la Iglesia” (*Lumen gentium* 23). Esto fue posible porque el Concilio no sólo consideró las preguntas internas de la Iglesia, sino que también aclaró su relación con el mundo. Así se pudo honrar también a las otras culturas y religiones y descubrir en ellas la presencia oculta de Dios. El entendimiento de sí mismo del cristianismo como religión universal y la Iglesia católica como Iglesia universal imprime también el paso de misión occidental a misión universal. Este se basa en que la iniciativa misionera ante todo no debe salir de Europa exclusivamente sino que debe ser una tarea de todas las iglesias particulares. Ellas forman una comunidad de iglesias (*communio ecclesiarum*) y tienen una misión en común.

Este cambio no se ha producido simplemente, sino que tiene su origen en la renovada imagen de la Iglesia. Como consecuencia de eso, la Iglesia de Cristo “está verdaderamente presente en todas las legítimas comunidades locales de los fieles que, unidas a sus pastores, reciben también el nombre de iglesias en el Nuevo Testamento” (*Lumen gentium* 26). Verdaderamente los antiguos “países por misionar”, se han vuelto iglesias particulares vitales y seguras de sí mismas y, por su parte, son misionalmente activas. Es así que hoy es cosa corriente que las iglesias particulares de todos los continentes se hagan responsables mutuamente.

El mayor peso de la Iglesia universal se transfiere cada vez más y más a los países del sur. Aquí es el hogar, de no sólo la mayor parte de los más de mil millones de católicas y de católicos, sino también de la mayoría de las cristianas y cristianos jóvenes. De estas iglesias salen fuertes impulsos, que nos inspira también a nosotros en Alemania y en Europa.

Por siglos la misión fue más bien una calle de un solo sentido que iba de los europeos a los

otros pueblos. Hoy están las iglesias en un creciente intercambio mutuo. A la Iglesia en Latinoamérica le debemos la “prioridad de la opción por los pobres”, pero también “su comprensión de la salvación y de la liberación, la riqueza de la religiosidad de sus pueblos, la experiencia de las comunidades eclesiales de base, el florecimiento de sus funciones eclesísticas, su esperanza y su alegría en la fe” (*Puebla* 368). El testimonio reconciliador de las iglesias particulares en África, nos muestra cómo la Palabra de Dios se vuelve fuente de esperanza; por eso la evangelización tiene que “alcanzar a todos los seres humanos y a la sociedad en todos los ámbitos de su ser” (*Ecclesia in Africa* 57). Las iglesias particulares de Asia que, aparte de las Filipinas, son una pequeña minoría, nos alientan también “a continuar la misión del servicio y del amor” (*Ecclesia in Asia* 50). Así se llega a un intercambio recíproco entre las iglesias particulares, las parroquias y los creyentes a través del cual todos se vuelven receptores y dadores.

La misión como tarea de todos los cristianos

Que la misión es cosa de todos los cristianos, nos lo muestra ya el ejemplo de Priscila y Aquila, un matrimonio perteneciente a los primeros cristianos (Cfr. Hch 18,26). A lo largo de la historia de la misión, además de las órdenes religiosas, fueron también los miembros de las Sociedades de Misiones, los que como misioneros y misioneras partieron a todo el mundo. Ellos fueron ayudados espiritual y materialmente por sus países natales. En el resurgimiento misionero del siglo XIX la joven María Paulina Jaricot (1822) de Lyon, y poco después el médico Enrique Hahn (1832) de Aquisgrán animaron a las Asociaciones de Ayuda para la misión. Ellos fueron seguidos después por la Obra Misional de Ludovico en Munich (1838). De estas iniciativas surgió en 1922 la Obra Misional Pontificia que hoy se le conoce con el nombre de *Obra Misional Internacional Católica, Missio* con domicilio en Aquisgrán y Munich, donde realizan sus actividades.

En principio la misión es responsabilidad de todo el pueblo de Dios. Todos en la Iglesia somos invitados y exhortados, a fin de que “teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su cometido en la obra misional entre los gentiles” (*Ad gentes* 35). Sin embargo, ahora como antes necesitamos misioneros y misioneras de las comunidades religiosas, de las diócesis y de las sociedades de misiones que estén bien motivados y profesionalmente formados, que estén dotados de los necesarios conocimientos de los idiomas y de los países y que hagan de la vocación de la misión entre otros pueblos, la misión de su vida o una profesión por un tiempo limitado.

No era ni es poco común que el ser testigo de la fe estuviese unido a desventajas sociales. En ocasiones también se daba con represión y persecución, y muchas veces hasta con el martirio por la fe o a la justicia. Pensemos en los testigos de Europa, pero también en aquellos que en Latinoamérica han defendido la fe y la justicia, la dignidad del ser humano y los derechos humanos y por ello tuvieron que pagarlo con su vida. Entre ellos tenemos al Arzobispo Oscar Romero, quien fue asesinado frente al altar y la hermana marianista (Maryknoll) Ita Ford con sus hermanas de profesión (+1980) en El Salvador, o el Obispo Auxiliar guatemalteco Juan Gerardi (+1998). También en Asia, por ejemplo en China, tenemos que recordar a los muchos testigos de fe desconocidos, que por su fidelidad al Evangelio han tenido que sufrir y hasta ahora sufren. Por último, no olvidemos a los misioneros y las misioneras que en los países africanos, debido a su acción por la fe y su justicia, se convirtieron

en víctimas. Los testimonios personales de vida de muchas mujeres y hombres de la Iglesia, nos dan valor y estímulo para que nos hagamos responsables del Evangelio a todo lo largo del mundo.

El envío de Jesucristo como fundamento de toda misión

Los Evangelios tienen como desenlace al Señor resucitado transmitiendo su propia misión a los discípulos. “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20,21). Así centralizó San Juan evangelista la misión que Jesús había recibido y que El expresaba. Con la fuerza del Espíritu Santo El fortaleció a los discípulos para su misión.

La misión universal que Jesucristo confió a su Iglesia, comprende el anuncio de la Buena Nueva, así como también una acción salvadora y redentora . Con las palabras del profeta Isaías Jesús formula su envío, que viene del Espíritu de Dios. “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18 s). Ya en esta primera prédica, Jesús trae a la memoria los grandes temas que determinan su misión y que fundamentan la posterior misión de la Iglesia: la Buena Nueva para los pobres, salud para los enfermos, así como liberación y redención.

Si nosotros seguimos de cerca la misión de Jesús, el Mesías, hasta sus orígenes, entonces nos encontramos con el plan de salvación de Dios para los seres humanos. Según lo documentan las Escrituras, Dios Padre ha escogido a todos los seres humanos y les ha regalado la salvación desde antes de la creación del mundo, no porque los seres humanos lo merecieran, sino porque Dios es bueno. La Carta a los Efesios describe las bendiciones divinas en una multiplicidad de imágenes, como redención, perdón, gracia. Esta bendición encuentra en Cristo su realización personal, pues a través de El “también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación” (Ef 1,13), así lo dice la Carta a los Efesios, y continúa diciendo que los gentiles son “coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio” (Ef 3,6). Que Dios tiene una alianza con todos los seres humanos, lo muestra ya su alianza cósmica creadora con todos los seres vivientes a través de la señal del arco iris (Cfr. Gn 9,13), su alianza con Abraham, a través del cual “se bendecirán todos los linajes de la tierra” (Gn 12,3) y la alianza del Sinaí con Moisés, quien comprometió al pueblo escogido a seguir las normas liberadoras de los Diez Mandamientos (Cfr. Ex 19-20).

El Evangelio según San Mateo puntualiza el cometido universal de la misión: el resucitado reúne a sus discípulos en la montaña y les da el encargo, que abre paso al Evangelio, hacia el futuro y es el que pone en movimiento a los discípulos. La misión traspasa todas las fronteras étnicas y de espacio, porque la acción salvadora de Dios vale para todos los seres humanos sin excepción: “Id, pues y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19 s).

Misión universal significa traspasar las fronteras para llegar a los otros y respetando el que ellos sean diferentes a nosotros, testimoniar y anunciar el Evangelio en forma tan auténtica que ellos se descubran invitados a seguir a Jesús y a aceptar su Evangelio.

2. El servicio a la libertad

El Concilio indica que nuestros contemporáneos tienen un “sentido agudo para la libertad” (*Gaudium et spes* 4). Por eso la Iglesia puede con su “evangelización liberadora” unir sin costuras, porque ella tiene que anunciar un mensaje de libertad. Proclamar y testimoniar a Cristo son una oferta a la libertad del ser humano y la favorecen. “Todas las formas de la actividad misionera, se caracterizan por promover con conocimiento la libertad de los seres humanos y al hacer esto se les estará anunciando a Cristo” (*Redemptoris missio* 39), como lo testifica Juan Pablo II. El servicio a la libertad se despliega en la realización de la promoción integral del ser humano, en la acción por los derechos humanos y la inculturación.

El mensaje de la liberación

Cuando el Papa Pablo VI habló categóricamente de un “mensaje de liberación” (*Evangelii nuntiandi* 30), hizo suya así la voz de aquellas iglesias particulares cuyos pueblos padecieron y padecen hasta hoy hambre y pobreza, injusticia y neocolonialismo. Estas Iglesias han tomado ya ellas mismas la palabra y hablado de una “evangelización liberadora” (*Puebla* 180) y de la promoción del ser humano como un asunto prioritario dentro de toda la evangelización.

El defender la dignidad del ser humano, el desarrollo humano y la liberación total, es parte del envío de la Iglesia y por lo tanto determina también su misión. El Evangelio es un “mensaje de libertad y una fuerza para la liberación” (*Libertatis conscientia* 43). Como la proclamación del Evangelio y la promoción de los seres humanos están tan íntimamente ligadas y mutuamente exigen y promueven, son los pobres los destinatarios de mayor prioridad. Jesús mismo ha ido por el camino de la enajenación y humillación, El mismo fue pobre y sufrió “hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2,8). Por esa razón El se identifica con los que padecen hambre y sed, con los forasteros y los que no tienen un hogar, los desnudos, los enfermos y los presos y denomina al servicio que se le presta a ellos, como un servicio a El mismo (Cfr. Mt 25,31-46). El desea, por consiguiente, ser reconocido en los pobres y en los necesitados de este mundo y hace de la preocupación por ellos un deber del cristiano. Todo esto forma parte de una amplia y concreta libertad: el sustento material básico, los derechos humanos y el desarrollo democrático, un sistema económico justo y compatible con el ambiente, la protección de la vida y de la familia, un reglamento justo para la paz y una ética responsable para la configuración de la globalización.

La dimensión diaconal pertenece al cometido misionero porque “es Cristo mismo quien eleva su voz para solicitar la caridad de sus discípulos” (*Gaudium et spes* 88). Este llamado lo siguió en nuestros tiempos en forma ejemplar la Madre Teresa de Calcuta (Gonxha Bojaxhiu 1910-1997) y sus “Misioneras de la Caridad”, quienes volcaron todo su empeño en servir a los más pobres de entre los pobres. Este incansable testimonio del amor encontró reconocimiento y respeto de un extremo al otro de todas las naciones y religiones y fue honrado públicamente también con el Premio Nobel de la Paz (1979) y con la beatificación (2003). Con esto se rinde homenaje también al servicio prestado por aquellas mujeres y aquellos hombres que de manera semejante han abogado por esto a lo largo del mundo.

Ayuda en la necesidad, colaboración y participación en el desarrollo, asistencia para la autoayuda, lucha contra el hambre y la enfermedad, acción a favor de la dignidad humana y de la educación, organización de un orden social y económico justo, construcción de un régimen público democrático; todas estas son formas de expresión de testimonios cristianos

y señales de una misión solidaria. Es cierto que las tareas de estructuración políticas y sociales son responsabilidad, en primer lugar, de las naciones y de la comunidad internacional de los pueblos. Sin embargo, la Iglesia como abogada de los pobres, tiene el encargo de requerir estas tareas y evidenciar su propia actividad misionera como una fuerza de liberación y como expresión de amor al prójimo, sin el cual no hay amor a Dios: “Pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20).

La dignidad de la persona y los derechos humanos

La idea de la libertad está profundamente enraizada en la herencia de la tradición judío-cristiana. Así como el pueblo de Israel describe su experiencia con Dios como la historia de la liberación de la esclavitud que vivió bajo los faraones egipcios (Cfr. Dt 6,20-25), así también expresa Jesús su mensaje del Reino de Dios en el lenguaje profético de la libertad (Cfr. Lc 4,18). La salvación que Cristo consiguió a través de su cruz y su resurrección, redime del mal y libera del poder del pecado y de la muerte (Cfr. Rm 8,2). Por eso el Concilio puede llamar a Cristo “el liberador” y al eco del Evangelio en la historia lo puede describir como el “fermento de la libertad” (*Ad gentes* 8).

La evangelización es un don otorgado a cada ser humano. Se dirige a la persona como un ser de libertad y reconoce su dignidad. Los seres humanos libres insisten en la libertad de los otros, especialmente porque el mutuo reconocimiento como seres libres se basa en que todas las personas de la misma manera son creaturas de Dios y están dotadas de la misma dignidad humana. Por lo tanto, tienen un derecho inmediato a la libertad de conciencia y de religión (Cfr. *Dignitatis humanae* 2). Esto no se los puede conceder ningún ser humano y por lo tanto tampoco puede ser quitado por nadie.

El deber de amar a los seres humanos, y de combatir el error y el pecado es válido tanto ahora como antes. Pero la historia muestra que la lucha contra el error y el pecado, sólo entonces no será una lucha contra los extraviados y los hombres pecadores cuando la dignidad de cada ser humano se mantenga la norma de la acción. Hasta la más mínima concesión a la tendencia de desconfiar de la libertad y de cortar los derechos humanos básicos, tiene normalmente peligrosas consecuencias, especialmente si están a disposición los medios de poder. Este es un argumento decisivo para la separación de Iglesia y Estado.

Todas las iniciativas misioneras aprecian al extranjero, como un sujeto de libertad, respetan su conciencia y no pueden usar ningún recurso, que haga caso omiso de la libertad o tal vez la suprima. “La Iglesia sugiere, ella no impone” (*Redemptoris missio* 39). Ella insiste en el carácter liberador de la misión y “prohíbe severamente que a alguien se obligue a abrazar la fe” (*Ad gentes* 13), o que a través de un medio de presión sea atraído o rechazado. Sólo se puede decidir por la fe en etapas libres y nadie debe ser impedido de esto.

Que este discernimiento necesitó tiempo hasta que se pudo llevar adelante, nos muestra algo del poder que tiene el pecado en el corazón del ser humano. Un actuar pecaminoso puede introducirse hasta en las instituciones de las sociedades de vida e impregnarse en éstas, de tal forma, que ellas se vuelven “estructuras del pecado” (*Sollicitudo rei socialis* 36), las que por otro lado incitan al mal y causan una ausencia de libertad.

La experiencia del fracaso culpable nos hace hoy al mismo tiempo autocríticos y discretos. Con autocrítica debemos preguntarnos, si nosotros, de vez en cuando, no suprimimos

irreflexivamente por ignorancia, el cometido misionero del Señor resucitado, porque la misión es molesta al espíritu de la época o se manifiesta inoportunamente. El conocimiento de que nosotros, en efecto, podemos poner nuestras fuerzas a disposición de la misión de la Iglesia, nos hace discretos. Sin embargo, es otro el que nos sale al encuentro con su fuerza y consigue que los hombres se arrepientan y se formen nuevas comunidades. El rol directivo corresponde al Espíritu Santo, quien desde el principio de la creación obra y a cada misión le otorga inicio y meta. “La presencia y la acción del Espíritu Santo tocan no sólo a seres individuales sino también a la sociedad y a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones” (*Redemptoris missio* 28 ; Cfr. *ibid.* 24). El Espíritu obraba ya en los seres humanos y en las culturas desde antes que los misioneros empezaran a actuar, cuya tarea es descubrir su obrar a la luz del Evangelio.

Por último, la experiencia tendría que hacernos más confiados, ya que la aceptación del Evangelio depende del libre consentimiento del otro y que éste también pueda rechazarlo. A todas las naciones se les ha prometido la salvación (Cfr. Sal 67,3) pero no todos los seres humanos creen, como ya lo sostuvo San Agustín. La misión habla a la libertad del ser humano; impulsa a través de la fe la libertad individual, desenmascara la esclavitud como pecado y amplía a través de la promoción humana, los espacios vitales concretos de la libertad.

Por la historia y la época actual sabemos nosotros cuán en peligro están la dignidad humana y los derechos humanos. Por esa razón la misión de la Iglesia está unida a la promoción y a la defensa de los derechos humanos universales e indivisibles. Estos se basan en la perspectiva cristiana de la creación del hombre como persona, hecho a imagen y semejanza de Dios (Cfr. Gn 9,6). Los derechos humanos son formaciones permanentes y las más mínimas garantías de la dignidad personal. Ellos no fueron descubiertos recién en la época de la ilustración europea. Los orígenes de la reflexión sobre los derechos humanos se encuentran, por ejemplo ya en la Biblia. Bartolomé de las Casas, fustigó la esclavitud de los indígenas y más tarde la de los africanos. En 1552 habló explícitamente de los “derechos humanos”. Vemos que la exigencia para la protección de los derechos humanos no se puede separar del cometido misionero.

Entretanto se hace una diferencia entre las tres “generaciones” históricas de los derechos humanos que se han desarrollado hasta ahora y que forman un conjunto: los derechos individuales a la libertad (el derecho a la vida, el estado corporal intacto, la libertad de conciencia, la libertad religiosa, la libertad de opinión, el derecho a ser escuchado legalmente), los derechos sociales a la libertad (la codeterminación, un sueldo justo, la libertad empresarial, las vacaciones, la educación, la vivienda, la jubilación) y los derechos de solidaridad de los pueblos (la paz, la comunicación, el ser diferente culturalmente, desarrollo y autodeterminación, participación en la herencia común).

Inculturación del Evangelio

El intercambio recíproco entre el cristianismo y la respectiva cultura marca todas las actividades misioneras. Hoy hablamos nosotros de “inculturación”: ésta sigue la “norma de toda predicación”, según la cual la predicación de la palabra de Dios a una cultura, “tiene que ser expresada en el modo” de ésta (Cfr. *Gaudium et spes* 44). Tales procesos de “adaptación” se han dado en el cristianismo desde el principio; sólo se tiene que pensar en la elección del idioma griego para la redacción del Nuevo Testamento. Una inculturación de gran significado

fue la decisión del Concilio Apostólico de atraer también a hombres de otros pueblos y religiones para la fe cristiana y de permitirles que se bautizaran (Cfr. Hch 15,1-35).

El modelo misionero de la inculturación, indica que el cristianismo desde siempre se presenta en forma cultural. Por eso no se trata de un choque entre un “mero” cristianismo sin cultura y una “mera” cultura sin religión, sino de un encuentro intercultural del recibir y del dar, pero también de purificación y de transformación. En este sentido recalca el Vaticano II “que todo lo bueno depositado en la mente y en el corazón de los hombres, en los ritos y en las culturas de los pueblos, no solamente no desaparezca, sino que se purifique y se eleve y se perfeccione” (*Lumen gentium* 17). El reconocimiento de ser distinto, a la luz del Evangelio, va siempre parejo con el aprecio incondicional a la dignidad de la persona y con el respeto a otras formas de cultura, especialmente también allí donde se encuentra “lo bueno y verdadero” como dones de Dios (Cfr. *Lumen gentium* 16). El encuentro de las culturas implica también crítica y rechazo, cuando se restringen ciertas tradiciones religioso- culturales, como quizá el sistema hindú de las castas, o el derecho islámico, los derechos humanos o los espacios vitales concretos de libertad.

En este sentido se entiende como inculturación la integración de la experiencia cristiana en la cultura de otro pueblo. Sin embargo, esta experiencia que ya está desarrollada culturalmente, tiene no solamente que expresarse en los elementos de la otra cultura sino también volverse una fuerza que reviva, oriente y renueve a la otra cultura. De esta manera contribuye la inculturación a una nueva síntesis, a través de la cual se enriquecerán la cultura y la Iglesia. Además no se trata de una adaptación externa, sino de una “conversión interior de los valores culturales auténticos a través de su inserción en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las diferentes culturas”, como lo destaca Juan Pablo II en su Encíclica Misionera *Redemptoris Missio* (Nr. 52), redactada en 1990.

Que estos procesos evidentemente profundos necesitan mucho tiempo y no pueden ser forzados, se entiende por sí mismo. Una evangelización inculturadora necesita una larga vida. Esa la regala aquel Espíritu que llena la tierra y lo contiene todo (Cfr. Sb 1,7). El obra en todos los espacios y en todos los tiempos en el corazón de los hombres, en la historia de los pueblos, en las culturas y religiones. La inculturación del Evangelio que es conducida por el Espíritu de Dios, se lleva a cabo en culturas que Cristo no podía haber conocido. Ella es importante en las regiones geográficas y culturales, en las cuales no hay ninguna o muy pocas comunidades cristianas. Ya que éste es el caso sobre todo en las sociedades jóvenes de Asia que crecen rápidamente, se abre allí un campo amplio para que el Evangelio se enraice. Además, cada comunidad cristiana está ante la tarea de testimoniar el mensaje de Jesús bajo las cambiantes condiciones sociales y culturales.

La encíclica sobre la misión *Redemptoris missio* indica los nuevos ámbitos sociales de la evangelización (Cfr. Nr. 37). En estas se incluyen las grandes ciudades que en muchos lugares van en aumento como megápolis y como “laboratorios” del futuro, representan nuevos estilos de vida y formas culturales. Ya que el cristianismo tuvo su origen como religión urbana, hay buenas posibilidades de hallar, hoy, formas adecuadas para una evangelización urbana. La magnitud de la tarea no puede desanimar a nadie que dirija su mirada a San Pablo y a los primeros misioneros cristianos, quienes en las multirreligiosas grandes ciudades de la antigüedad tardía como Cartago y Roma, se encontraron ante semejantes y desafiantes tareas.

La encíclica papal también llama la atención sobre los ámbitos culturales, que como “modernos areópagos” desafían a llevar la fe a los mercados. En eso se incluyen también los medios de comunicación, así como los foros internacionales en los cuales se lucha por la paz y el desarrollo económico, por los derechos humanos y de los pueblos, por la protección de la biosfera y por la promoción de la mujer. También las ciencias internacionales organizadas como arte y cultura son lugares en los cuales el Evangelio debe ser sometido a franca discusión. Para el mensaje cristiano no es decisivo si él gusta o si es aceptado por muchos, sino que él sea testimoniado con toda franqueza y sea creíble y que invite a la libre aceptación.

3. El servicio a la verdad

La Iglesia universal se siente en todas partes en casa. Por eso ella combate hoy más que nunca la riqueza cultural y la pobreza material de numerosos pueblos, pero también la diversidad de religiones y formas de religión. Estas se acercan cada vez más a nosotros debido a los nuevos movimientos religiosos, a causa de los procesos migratorios y de globalización.

También Europa y Alemania se pluralizan respecto a lo religioso. Así en Alemania una tercera parte de la población pertenece a las dos grandes Iglesias. Todos los cristianos juntos representan con casi el 65%, una clara mayoría. Entre nosotros viven comunidades judías y distintas agrupaciones de musulmanes. También se encuentran budistas e hinduistas, así como nuevos movimientos religiosos. Otras religiones y formas politeístas de religión, pero también el gran grupo de los que no practican ninguna religión (casi un 25%) son nuestros vecinos inmediatos.

Un cuadro plural aparece recién cuando nosotros contemplamos las religiones a escala mundial. Los cristianos de distintas confesiones y comunidades son escasamente un tercio de la humanidad total. Por otro lado, la mitad de todos los cristianos pertenece a la Iglesia católica, quien desde el comienzo del nuevo milenio cuenta con más de mil millones de miembros. Cerca del 20% de la humanidad es musulmana, 13% es hinduista, budistas y miembros de la religión china, con casi 6% ambos. A esto se le añade minorías religiosas y los no creyentes. En Europa como en las dos Américas, los cristianos representan la mayoría, mientras que en Africa y Asia son una minoría.

Sin embargo, las religiones no suelen vivir en paz las unas con las otras. A pesar de que las tres grandes religiones monoteístas del mundo, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo están unidas las unas con las otras debido a su común invocación a Abraham, se llega a tener fuertes tensiones entre el mundo islámico y el mundo cristiano, así como en el cercano Oriente se dan conflictos entre Israel y los palestinos. Además, sobre todo en Africa y Latinoamérica, crecen movimientos religiosos sincretistas y fundamentalistas. Un islamismo militante da lugar a tensiones, en el cercano y en el medio Oriente, en Asia sudoriental y en África. En el subcontinente indio, el fundamentalismo militante hindú amenaza la convivencia con los cristianos y con otras minorías religiosas. Por eso en la agenda de la Iglesia universal está aquella misión de la Iglesia, la de destacar su propia disposición para la paz y la de contribuir siempre donde sea posible para una solución conciliadora de los conflictos, también en el caso dado que ella se ligue al potencial de paz de otras religiones.

Relación con las otras religiones

El pluralismo de las religiones, de reciente experiencia, coloca al cristianismo en lo práctico y en lo teórico, frente a grandes retos. ¿Cuál de las religiones es la “verdadera” religión? ¿Existe la verdad religiosa solamente en plural, de manera que todas las religiones son válidas y es por eso que da lo mismo profesar tal o cual religión? ¿Buscan todos los hombres en lo religioso y en los ritos, preceptos y convicciones, solamente la misma causa primitiva de todas las cosas, para reconocer que es “lo que mantiene unido al mundo en lo más profundo?” ¿Debemos preguntarnos todavía por la verdad de las religiones? ¿Nos enseña ciertamente la historia europea, después de todo, cuán amargamente las guerras religiosas se resolvieron por las armas y cómo las religiones y las confesiones religiosas pueden ser políticamente instrumentalizadas o fanatizadas? ¿Es Cristo el único mediador universal de la salvación? ¿No podrían ser también otras religiones, el camino de salvación a Dios? No manda la tolerancia permitir que cada uno se haga santo según su modo de ser.

Estas preguntas que inquietan a muchos contemporáneos demandan respuestas existenciales ya que ellas tienen que ver directamente con la identidad de la fe personal y la conciencia misionera. Ellas conducen a “la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella” (*Dignitatis humanae* 2), como lo dice la declaración conciliar sobre la libertad de religión. Pero ellas reclaman también una sensata teología de las religiones. Una que también tendrá que tener en cuenta de igual modo la verdad de la fe en Jesucristo, así como los elementos de la verdad de las religiones y de la verdad del ser humano. Sobre esto trata ampliamente el Documento de la Comisión Internacional de los Teólogos *El Cristianismo y las Religiones* (1996). De manera parecida una manifestación de la Congregación para la Enseñanza de la Fe sostiene por un lado, “que el deseo universal de salvación del Dios Uno y Trino fue ofrecido y se hizo realidad de una vez para siempre en el Misterio de la Encarnación, de la Muerte y de la Resurrección del Hijo de Dios”. Por otro lado, la teología de hoy nos invita a “reflexionar sobre lo que ya existe de las otras experiencias religiosas y sobre su significado en el Plan de Salvación de Dios y a investigar, si es posible, que también los personajes y elementos positivos de otras religiones podrían pertenecer al Plan de Salvación Divino y cómo podrían pertenecer a éste” (*Dominus Iesus* 14).

Estas preguntas han mantenido ocupada a la teología desde hace mucho. Cuando el sultán turco Mehmed II conquistó la Constantinopla cristiana (1453), Nicolás de Cusa aprovechó la ocasión para meditar sobre la paz entre las religiones. En su escrito *Sobre la paz de la fe* (*De pace fidei*) deja él que los sabios representantes de las distintas naciones y religiones disputen sobre la unidad de las religiones en un diálogo ficticio. Las religiones buscan a Dios bajo muchos nombres, así concluye el sabio Cardenal, y encuentran nuevamente todo eso, que en ellos es veraz y sensato, perfeccionado en Jesucristo.

Nosotros estamos hoy cada vez más conscientes de la responsabilidad, de que a través de la paz entre las religiones, también se contribuye a la paz mundial. El Concilio exige de la Iglesia nada menos que prestar “a todo el género humano el servicio del Evangelio de la Paz” (*Unitatis redintegratio* 2). Esta tarea ganará en prioridad, cuando nosotros tomemos en consideración el rol de las religiones y combatamos la sospecha de que principalmente las religiones monoteístas son intolerantes e incapaces para mantener la paz. Aquí cuenta la Iglesia universalmente con múltiples posibilidades para contribuir a la reconciliación y a la

paz, como lo revela la Carta Pastoral *Paz Justa* (2000). También en la perspectiva misionera el cuidado de la paz de las religiones y el “ministerio de la reconciliación” (2 Co 5,18) forman parte de las tareas primordiales.

Ya que la libertad religiosa es un derecho del ser humano, la Iglesia no lo reclama sólo para sí, sino que intercede también para que este derecho no le sea cortado a las otras religiones. Por lo tanto, la libertad religiosa no trae consigo ninguna restricción de la tarea misionera sino que quiere precisamente garantizarla. En la lucha por la verdad de la fe, la que solamente puede ser aceptada en libre aprobación, es válido el principio conciliar que dice que la verdad no reclama nada más “que por la fuerza de la misma verdad, penetrar suave y fuertemente en las almas” (*Dignitatis humanae* 1).

La relación con las otras religiones no cristianas ha sido recientemente ordenada en el Concilio en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, en la Declaración *Nostra aetate* sobre las religiones no cristianas y en el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad gentes*. Lo nuevo en esta relación, consiste en que las otras religiones sencillamente ya no son rechazadas como paganismo, idolatría o herejía. Más bien se consideran ahora, con todas las evidentes diferencias, como modos con los cuales los seres humanos y los pueblos, por así decirlo, extienden sus brazos al cielo y exteriorizan su búsqueda de Dios. ¿En que discernimientos se basan las nuevas y positivas apreciaciones de las otras religiones?

Ahí está ante todo la comprensión de la solidaridad de todos los seres humanos y culturas, en la comunidad de los pueblos. Ellas esperan que las religiones den respuesta a las preguntas fundamentales de la existencia humana: “¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y que fin tiene nuestra vida? ¿Qué es el bien y el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad? ¿Qué es la muerte, el juicio y cual la retribución después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia del cual procedemos y hacia donde nos dirigimos?” (*Nostra aetate* 1).

En conformidad con las preguntas hay que considerar que en otras tradiciones religiosas están ocultas “semillas de las palabras” (logoi spermatikoi) según el concepto transmitido por el Concilio a los Padres de la Iglesia (Cfr. *Ad gentes* 11). Aunque “semejantes destellos de la verdad” puedan estar tan fragmentados y tan desmenuzados en las religiones no cristianas, ellos tienen que ser aceptados, como signos de una presencia oculta de Dios. Pues “la Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero” (*Nostra aetate* 2).

Esta interpretación resulta del propio conocimiento de la Iglesia, que no sólo reconoce que “pueden encontrarse fuera de ella muchos elementos de santificación y de verdad” (*Lumen gentium* 8) sino que también atesora estos elementos como gracia de Dios y como preparación al Evangelio (Cfr. *Lumen gentium* 16). Cuando en las religiones no cristianas, al elaborarse las preguntas sobre la salvación humana, se puede reconocer la verdad, entonces los miembros de otras religiones que siguen esta verdad y que buscan a Dios con corazón sincero, pueden también seguir el llamado de su conciencia y alcanzar la salvación.

El reconocimiento de “verdad y gracia” (*Ad gentes* 9) en las religiones no cristianas, está unido a un crítico discernimiento de los espíritus. Una crítica a la religión que esclarece y es dirigida con sano criterio, como lo practican la tradición judía y la cristiana, es aconsejable y necesaria cuando la ideologización y la absolutización de circunstancias finitas (como por

ejemplo la raza o la clase, el dinero o el poder) se vuelven idolatrías; y realidades como la naturaleza, el cosmos o los ciclos del año son cargadas pseudoreligiosamente o cuando se abusa de la religión para justificar el poder político, o hasta para el empleo de la violencia.

La pacífica convivencia de las religiones basada en el diálogo, implica también la crítica a la violación de los derechos humanos o a la retención de la libertad religiosa, que se da, cuando una religión no le concede a las otras la libertad que ella reclama para sí. Piénsese tal vez en los derechos garantizados de que gozan los musulmanes en los países europeos impregnados del catolicismo y en la falta de derechos de los cristianos en los muchos países donde predomina el islamismo. Un primer paso para una convivencia pacífica la describe la “regla de oro” expandida en muchas culturas y religiones: “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos” (Mt 7,12). También se puede decir: Procuren comprender y tratar a los otros, así como ustedes quieren ser comprendidos y tratados por ellos. Sin embargo, los cristianos no pueden supeditar su propio comportamiento a la buena conducta de los otros.

La verdad de Jesucristo en el diálogo

El reconocimiento y la crítica de las religiones y de las formas de religiosidad tiene para los cristianos su último criterio en el único Mediador Universal de la Salvación. “La verdad se nos manifiesta en Cristo, que es a un tiempo Mediador y Plenitud de toda la Revelación” (*Dei Verbum* 2). Ser cristiano significa, en primer lugar, llegar a tener una relación personal con Jesucristo y dar una respuesta de fe a la Palabra de Dios. Quien lo sigue encuentra a muchos otros en el mismo camino de la fe y a través del bautismo será incorporado al “Pueblo peregrino de Dios” y al “Cuerpo de Cristo”.

En Jesucristo, el Hijo del Hombre e Hijo de Dios, quien de “una vez para siempre” (Hb 9,12) ha efectuado la redención, se une la histórica unicidad de su persona, con su trascendencia universal para la salvación de cada uno y de todo el mundo. Porque El a través de su vida, de su proclamación del Reino de Dios con palabras y hechos y finalmente a través de su entrega reconciliadora en la cruz como Dios y como hombre, ha seguido el camino que conduce hacia Dios, quien lo ha resucitado de entre los muertos; El mismo puede entonces ser “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6) para todos los seres humanos. Como tal, permanece por encima de todas las fronteras de espacio y tiempo, accesible para nosotros en el Espíritu Santo, y puede también ser “tocado” sin ser (re) conocido en otras culturas y religiones, quizá cuando un ser humano manifiesta su amor caritativo a sus hermanas y hermanos que padecen necesidad (Cfr. Mt 25,36-40). El derecho a la verdad que la Iglesia representa, proviene por lo tanto de que ningún ser humano está excluido del alcance universal del amor de Dios.

¿Por qué, a pesar de todo, la Iglesia le debe a otras religiones el testimonio categórico de Cristo? Porque la obra salvífica universal de Dios tiene una dinámica “encarnatoria”. Esto significa: que Dios quiere salir al encuentro del hombre concreto en su muy personal búsqueda de la salvación, como también en su sufrimiento y aún incluso más allá de la muerte, en una forma tan concreta y directa como sólo le es posible vivirlo a alguien como nosotros. Por eso se hizo Hombre como nosotros en Jesús de Nazareth, en todo igual a nosotros, menos en el pecado. Por encima de todas las palabras proféticas de sus enviados, también más allá de todos los conocimientos de los sabios y de todas las experiencias de los místicos, El toma un

rostro humano para poder regalar a los seres humanos su amistad. En la palabra que Jesús dice a sus discípulos, Dios habla a todos los que confían en esta palabra: “No os llamo ya siervos, [...] más bien a vosotros os he llamado amigos” (Jn 15,15). Esta dimensión máxima de proximidad y de don de Dios, corresponde a la fe tanto en sus promesas de salvación, como también en la esperanza de la salvación que se realizará en todos los seres humanos.

La Iglesia debe invitar a todas las personas a esta incomparable amistad con Dios. Pues recién en la amistad con Dios se tranquiliza el corazón inquieto, que está en la búsqueda de la “vida en plenitud”. Todos los hombres de todas las culturas tienen el derecho de llegar a saber esta verdad existencial del Evangelio. Y al mismo tiempo es nuestro deber no engañarlos en cuanto a esta verdad. No podemos prestarles un mejor servicio, ni aún a través de las más generosas ayudas sociales.

El anuncio de esta verdad del Evangelio, debido a la multiplicidad de las religiones, incluye el encuentro dialógico con los miembros de otras tradiciones religiosas. A la vez, este diálogo interreligioso no puede prescindir de la unicidad y la universalidad de Jesucristo, ni de las “semillas de palabras” y los “destellos de la verdad” que se encuentran en las religiones como signo de la presencia de Cristo y del obrar del Espíritu. Antes de cada diálogo ya se encontraba el mundo en la luz y sin duda en aquella “luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9). Por esa razón es la Luz de los Pueblos que, como el sol, alumbra sobre buenos y malos (Cfr. Mt 5,45).

De acuerdo al entendimiento actual se trata de un diálogo cuádruple, en el cual la paridad se remite al compañero del diálogo, mas no al contenido (Cfr. *Dominus Iesus* 22):

- El “diálogo de la vida”, en el cual los hombres viven juntos en forma amigable, comparten sus problemas pero también sus alegrías y sufrimientos;
- El “diálogo de la acción”, en el cual los cristianos y los no cristianos trabajan juntos en los esfuerzos que hacen por otros seres humanos y por un desarrollo integral ;
- El “diálogo de la experiencia religiosa”, en el cual se comparte la riqueza espiritual respetando las formas de religiosidad del otro;
- El “diálogo del intercambio teológico”, entre los peritos en la materia, con el fin de aprender a conocer profundamente y a valorar las tradiciones y valores de cada uno de los otros (Cfr. Recomendación Papal para el Diálogo Interreligioso/ Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Diálogo y Proclamación* 42).

El diálogo interreligioso es inalienable para un convivir pacífico y reconciliador de las religiones. Este pertenece como componente integral de la misión evangelizadora de la Iglesia. Sin embargo, no reemplaza el anuncio de la Buena Nueva, la trascendencia universal de la salvación por Cristo. Ya el Concilio apremiaba a los miembros de la Iglesia a que ellos “con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los adeptos de otras religiones, dando el testimonio de la fe y la vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen” (*Nostra aetate* 2).

Punto de vista y tolerancia

Como ya se ha puesto de manifiesto, la crisis de la misión después de todo no tiene relación con aquella mentalidad del modernismo tardío que acompaña a la confesión religiosa del

ámbito privado, para el cual el cristianismo, el que en interés de la libertad persiste en la verdad de Jesucristo, le parece intolerante. ¿Cómo se puede juzgar esta tendencia de criterio?

La tolerancia y la toma de posición no se excluyen, ellas están íntimamente ligadas la una con la otra. Tolerante puede ser solamente el que tiene un punto de vista. La tolerancia no aconseja que en el diálogo con otras religiones y culturas, disimulemos las diferencias, sino que en recíproco respeto las sobrellevemos. Ella exige claridad y decisión, pero a la vez prohíbe cualquier forma de presión o de violencia. En relaciones pluralistas la Iglesia sólo podrá subsistir cuando tenga un perfil transparente. Tiene que ser claramente reconocible, para lo que ella está a favor y para lo que no. En tiempos de difusión depende de la toma de posición.

Las distintas corrientes del modernismo tardío tienen algo en común: ellas rechazan el derecho a una verdad universalmente válida. Este llevaría a un pensar totalitario y sería incapaz de ser tolerante. Detrás se esconde el intento de dejar abierta continuamente todas las posibilidades, sin llegar a decidirse verdaderamente. Entonces fracasa cualquier determinación, con la cual sólo se puede pensar así y no se puede pensar ni actuar de otra manera. La libertad y la verdad sin embargo no se excluyen sino que forman un conjunto. La libertad sin la verdad degenera en arbitrariedad, la verdad sin libertad tiende a la coacción. Por Dios y por los hombres la fe cristiana no teme a ningún conflicto de convicción, que surgen por su derecho a la verdad.

La religión es para muchos algo tan privado, que no se habla sobre eso. Pero nosotros no podemos estar esperando a que los hombres, por sí mismos busquen, el diálogo sobre Dios y el mundo. Nosotros les podemos salir al encuentro y estar presentes en sus vidas con el mensaje de Jesús. La fe vive de dar testimonio y de divulgar: ¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué sigo siendo cristiano? ¿Qué es lo que me permite creer y esperar? ¿Qué es lo que nos mantiene en el camino a Jesús, aún en contra de la tendencia del tiempo? El arte del accionar misionero consiste en invitarlos de corazón, a creer y a la vez no olvidar que tiene que ver con la salvación y con la perdición. Esto nos permite también preguntar nuevamente: ¿Tienen pues hoy en día que justificarse sólo los que creen? ¿En qué cree el que no cree? ¿De qué se hacen ellos responsables? ¿Qué daños se originan allí donde uno piensa que se las puede arreglar sin Dios? Uno tiene que justificar también ese 'sin Dios' y reflexionar sobre todas las consecuencias para el futuro de nuestra sociedad.

Y seréis mis testigos (Hch 1,8)

III. Los caminos y las formas de la misión universal

Ya que el servicio misionero pertenece a la identidad de la Iglesia todos los creyentes a su manera están llamados a participar. Por este motivo invitamos a todas las hermanas y a todos los hermanos a tomar parte en la creación del nuevo resurgimiento. Nosotros no lo podemos establecer pero indudablemente lo aguardamos y lo promocionamos. Si después de las fases del escepticismo y del cansancio nace una nueva conciencia misionera y las parroquias, las comunidades y los cristianos por separado se dejan inspirar por el nuevo Espíritu misionero, el resurgimiento puede dar buenos resultados.

El sacerdocio común de todos los creyentes nos capacita para la participación activa en el servicio misionero, ya que mediante el bautismo y la confirmación están incorporados a la Iglesia y “han de dar testimonio de Cristo en todo lugar” (*Lumen gentium* 10). Que todo eso de acuerdo a las circunstancias de la vida, edad y formación trae consigo distintas capacidades, se entiende por sí solo. Pero exactamente esto puede y debe ser puesto en juego misionalmente.

La Iglesia en Alemania dispone de una serie de importantes instituciones e iniciativas eclesiales universales. Ciertamente no podemos, por ese motivo, dormirnos sobre nuestros laureles, sino que debemos salir al encuentro de los nuevos retos con toda nuestra energía y fantasía. Por esa razón reconocemos muy agradecidos lo que en el ámbito de la misión universal ya ha sido puesto en marcha, pero ponemos también puntos esenciales y nuevos acentos. Si nuestro documento fortalece el conocimiento de la misión, corrobora las continuas iniciativas y estimula para que se den nuevas, entonces se habrá prestado ya un importante servicio.

1. La misión universal con cabeza, corazón y mano

A pesar de todas las cargas históricas y actuales no podemos ni queremos prescindir de la palabra “Misión”, porque ella está arraigada bíblicamente y con acierto define la catolicidad y apostolicidad de la misión de la Iglesia, la cual excede todos los límites. Nosotros debemos a través de nuestro entendimiento y en la práctica, explicar que la misión es una invitación para promover la verdadera libertad en Cristo y para un encuentro, que respeta tanto al extranjero como a los otros y que busca el diálogo.

También debemos tener en claro que la fe cristiana y la misión de ahí resultante son una exigencia que nos alienta. Así como la fe, la misión tiene que ver con la gratuidad de la gracia, que lo cree a uno capaz de convertirse, es decir dar un nuevo giro hacia Dios y al prójimo. El Evangelio nos habla en dos oportunidades sobre una misma pregunta. Una vez fue formulada por un hombre dirigente, el cual tenía todo, y la siguiente vez por uno que lo sabía todo: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (Lc 10,25; 18,18). La respuesta de Jesús contiene una exigencia valerosa para la propia conversión.

En vista del típico desplazamiento de la confesión religiosa al ámbito de lo privado en los países de la Europa Occidental y Central, dependerá de las circunstancias el resaltar el carácter público del cristianismo. Se busca también la valerosa confesión pública, la disposición a: “dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1P 3,15). Cuando el apóstol Pablo se puso en camino hacia la capital del Imperio Romano él describió su

convencimiento de una manera que nos da valor: “Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16).

La Iglesia universal como comunidad de aprendizaje

La misión de la Iglesia universal necesita cabeza, corazón y mano que al igual que en el cuerpo humano tienen que actuar conjuntamente. Por lo tanto, la Iglesia universal como comunidad de fe es de la misma manera una comunidad de aprendizaje, una comunidad de oración y una comunidad solidaria.

Ya que la Iglesia universal se realiza en numerosas iglesias particulares que están arraigadas en sus respectivas culturas, la Iglesia universal será una comunidad de aprendizaje intercultural e intereclesial. Una filosofía práctica que se transmite en las iglesias particulares asiáticas, lo dice claramente: “Nadie es tan rico que ya no tiene nada que recibir y nadie es tan pobre que no tiene nada para dar”. En este sentido, todas las iglesias particulares viven del recibir y del dar y pueden aprender las unas de las otras. Los primeros pasos importantes consisten en ejercitarse en desarrollar el interés por los otros, en llegar a sentir un mutuo reconocimiento como amigos / o socios que tienen el mismo valor y en las diversas formas del compartir y el comunicar. Así se convertirá la Iglesia en un lugar de amor fraterno.

Numerosas diócesis y comunidades parroquiales de nuestro país pueden informar sobre las buenas experiencias que ellas han tenido a través de los pactos de hermandad, (Partnerschaften) con iglesias particulares fuera de Europa. Aún cuando sólo son pocas personas las que son testigos de lo que pasa en las otras iglesias, a pesar de ello, su testimonio puede ser como un fermento que sigue obrando en las iglesias particulares o en las comunidades de uno y otro lado. El recíproco aprendizaje tiene muchas dimensiones. Ellas abarcan desde el idioma y la cultura hasta la situación política, social y religiosa del respectivo país. Indudablemente el folklore sólo no es suficiente cuando se quiere tener un intercambio formal. Por eso son también bienvenidos los programas de inmersión y diálogo, en el marco de los diálogos que se dan entre los países del Norte y del Sur, que permiten presenciar en el mismo lugar, la situación social y pastoral de un país. El aprendizaje eclesial universal demanda también un fuerte trabajo intelectual cuando se desea verdaderamente conocer al otro en su distinta manera de ser y no se le degrada a un plano de proyección del propio concepto. El aprender no está restringido a ninguna edad, desde luego puede comenzar ya en el jardín de la infancia, cuando los niños por ejemplo conocen el mapamundi; y se puede continuar con el trabajo juvenil en proyectos eclesiales. También los que llevan una vida profesional y familiar, de la misma manera las personas mayores pueden contribuir con la experiencia de su vida y de su profesión en los proyectos eclesiales universales.

El esfuerzo por una comunidad eclesial universal de aprendizaje no está libre de sucumbir frente a prejuicios muy usados. Este sería, por ejemplo, el caso si la antigua calle de un solo sentido, la que iba del Norte hacia el Sur, sólo cambiase simplemente la dirección y las iglesias particulares de Europa ahora contemplasen a las del Sur como la fuente de la juventud, de la cual brota a borbotones ideas y la que las sanaría de todas sus dolencias. También las iglesias del sur podrán aprender, todavía por largo tiempo, mucho de sus hermanas mayores y más experimentadas de Europa, como también en sentido inverso las iglesias particulares de otros continentes nos pueden enseñar a nosotros. A la vez habría que evitar una mutua idealización, como también una dependencia unilateral o instrumentalización de cada una

de las distintas iglesias locales que o están interesadas solamente en su espiritualidad o en sus medios financieros.

Un importante trabajo de mediación prestan en este campo las Obras Misionales Pontificias en Alemania, *Missio Aquisgrán* y *Missio Munich*. Su tarea es promocionar espiritual y materialmente las iglesias hermanas de África, Asia y Oceanía y a través de su trabajo de formación, transmitir los impulsos de estas iglesias a las iglesias particulares en Alemania. Lo mismo es válido para la Acción Episcopal *Adveniat* que trabaja en Latinoamérica y el Caribe, así como también para la *Obra Misionera de la Infancia* y la *Obra Misionera de las Mujeres*. Las actividades eclesiológicas universales en las diócesis, en las obras de ayuda, en las órdenes religiosas y en los institutos han encontrado una eficaz plataforma de diálogo y de encuentro en el *Consejo Misionero Católico en Alemania* (*Deutschen Katholischen Missionsrat, DKMR*).

En la comunidad de aprendizaje de la Iglesia universal falta por cumplir una tarea ecuménica. El testimonio misionero padece por la pérdida de credibilidad de las iglesias cristianas y de las comunidades eclesiológicas, debido a su discordia y desunión, ya que ellas representan insuficientemente la unidad y reconciliación que ellas predicán. Por consiguiente es válido ahora más que nunca el promocionar el Espíritu ecuménico y la cooperación y poner de relieve el testimonio colectivo. Con fundadas razones el Concilio ha recomendado a la *Congregación para la Evangelización de los Pueblos*, “la colaboración fraterna y la pacífica convivencia con las empresas misionales de otras comunidades cristianas para evitar en lo posible el escándalo de la división” (*Ad gentes* 29). Un desafío especial para la misión y la Pastoral de la Iglesia representan tanto los movimientos pentecostales dentro del cristianismo, como también los nuevos movimientos religiosos al margen y fuera del cristianismo.

La Iglesia universal como comunidad de oración

Una importante dimensión de la solidaridad eclesiológica universal es la comunidad en la oración. La Iglesia puede seguir en la Liturgia de las Horas, la oración privada y la oración común en las iglesias particulares a través de los salmos, los cuales alaban al Señor por la creación (Cfr. Sal 19), imploran al Dios misericordioso al cual “vienen todas las naciones” (Sal 86,9) o para pedir la bendición para todos los pueblos: “¡Que los pueblos te den gracias, oh Dios, que todos los pueblos te den gracias!” (Sal 67,4). A la Iglesia universal, en cierto modo, le ha sido encomendada la “oración universal”, la oración con todos los pueblos y para ella, pero también por este mundo, el que como buena creación de Dios espera por su configuración cultural y aguarda anhelante su perfección escatológica. Una importante dimensión de la oración es también el agradecimiento que nosotros le debemos a Dios y nos debemos mutuamente; a esto pertenece también el agradecimiento por aquellos que han aceptado el Evangelio, algunas veces a pesar de la debilidad de nuestros testimonios. Hasta la consumación de la historia en Dios, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza e intercede por nosotros, cuando nosotros no sabemos rezar como es debido (Cfr. Rm 8,26).

La oración de los unos con los otros y por los otros puede también tomar la forma de un silencio sin palabras o concretizarse en peticiones para las otras iglesias particulares que viven en necesidad o en alegría, en persecución o en paz, que son bendecidas con muchas vocaciones espirituales o tienen escasez de ellas. Por eso las súplicas para el crecimiento interior y exterior de las iglesias son parte de ellas, de la misma manera como las súplicas por las conversiones y por las vocaciones misioneras. En la celebración de la Eucaristía nosotros

rezamos en la plegaria eucarística por la Iglesia universal: “Acuérdate de tu Iglesia extendida por toda la tierra y llévala a su perfección por la caridad” (II plegaria). Aquí experimentan claramente las iglesias particulares la comunión universal de los invitados a la Eucaristía. Ellas encuentran su unidad con Cristo y entre ellas, en aquel momento en el que, según las palabras de San Agustín, reciben el Cuerpo de Cristo y de este modo se vuelven lo que ellas han recibido. “El milagro en sí es la unidad, de manera que nos hemos convertido en sus miembros, refiriéndonos al Cuerpo de Cristo, por eso es que somos eso que hemos recibido. Recién entonces será verdaderamente nuestro pan de cada día” (Sermo 57,7). Debido a esta presencia real-simbólica de Cristo, la Eucaristía es “fuente y cima” de la vida cristiana (Cfr. *Lumen Gentium* 11), pero al mismo tiempo trasciende, porque existen aún muchos miembros que “en su corazón” pertenecen a la Iglesia y tienen que ser incorporados al Cuerpo de Cristo en la historia. Por eso el Concilio denomina también a la Eucaristía como la “fuente y cima de toda evangelización” (*Presbyterorum ordinis* 5).

Cristo está presente también cuando las Sagradas Escrituras son leídas en la Iglesia (Cfr. *Dei Verbum* 21). En muchas iglesias particulares de otros continentes, la Biblia tiene un creciente e importante rol como Palabra de Dios. A la vez se han renovado servicios antiguos como los de los catequistas o los nuevos ministerios para los laicos como los “delegados de la palabra”, son de reciente creación. En Sudáfrica se ha desarrollado el compartiendo la Biblia (gospel-sharing), que faculta a los participantes a una lectura existencial de las Sagradas Escrituras.

También las grandes Jornadas Mundiales de la Juventud desarrollan la fuerza misionera que hay entre los jóvenes de todas las iglesias particulares, a éstas ellos son invitados por el Papa. Cuán grande es el hambre espiritual y cuán importante es haber sido testigo común de la fascinación de la fe, lo muestra la resonancia de los millones de jóvenes que acudieron a los últimos encuentros en París, Roma y Toronto. El ser conducido a Jesucristo a través de su palabra y en los sacramentos, la vivencia de ser parte de la Iglesia universal y el cometido de la Evangelización, son las columnas en las que se apoya todo esto. Para la XX Jornada Mundial de la Juventud en el año 2005 el Papa Juan Pablo II los ha invitado a la ciudad de Colonia, en el Rin. El lema “Hemos venido a adorarle” (Cfr. Mt 2,2) alude a los Reyes Magos, quienes como representantes de los pueblos, marcharon a ver al Niño en el pesebre y con eso se dio comienzo a la “peregrinación de los pueblos” hacia Cristo.

La Iglesia universal como comunidad solidaria

La comunidad de oración de la Iglesia universal no puede quedar sin consecuencias. “Nosotros no podemos permitir en el servicio a la Iglesia, que la vida eclesial en el mundo Occidental despierte cada vez más la apariencia de ser una religión del bienestar y de la saciedad y que en otras partes del mundo cause la impresión de ser la religión del pueblo de los desafortunados cuya miseria los excluye literalmente de ser convidados a nuestra mesa eucarística. [...] Los gastos, que por ello se nos exige, no son una limosna suplementaria. Son verdaderamente el costo de nuestra catolicidad, el costo de ser nosotros el Pueblo de Dios, el precio de nuestra ortodoxia” (*Nuestra Esperanza* IV, 3). En tiempos de la atomización social del mundo, una de las tareas específicas de la Iglesia es recordar repetidamente el compartir y vivir ella misma la necesaria solidaridad.

Más allá de la inmediata ayuda, la Iglesia en el ámbito de su misión, se presenta también

como la abogada de aquellos que padecen bajo la pobreza y la injusticia. Por un lado es importante ser como el buen samaritano, el prójimo, de los que caen en las manos de los saqueadores de caminos y se quedan en el camino (Cfr. Lc 10,25-37). Pero por el otro lado, también mantener en lo posible las vías de comunicación del mundo, “libre de saqueadores”, es decir, estructurar condiciones básicas más justas. Sin duda la Iglesia no tiene ningún mandato político y no tiene ningún medio de poder estatal a su disposición, pero en su misión como “global player” le corresponde la abogacía por los pobres y los oprimidos y la tarea de levantar la voz a favor de aquellos que no tienen voz propia o que son desoídos. Esta tarea la cumple ella con sus obras de ayuda pero también con las intervenciones en los gremios internacionales, desde la representación de la Santa Sede en los Organos de las Naciones Unidas, hasta el trabajo de Organismos no Gubernamentales (ONG) que están relacionados con la Iglesia.

Cuanto más la Iglesia universal sea una comunidad comunicativa de aprendizaje en la fe, una comunidad espiritual de oración en la esperanza, una comunidad diaconal solidaria en el amor, tanto más crece la oportunidad de que salga a relucir en ella la multiplicidad de los pueblos y sus culturas, de la misma manera como su humana y creativa comunión. Si la Iglesia de esta manera, de acuerdo al Evangelio es la “sal de la tierra” y la “luz del mundo” (Mt 5,13 s.), entonces ella podrá dar también un ejemplo espiritual para que las culturas y religiones florezcan juntas en la conciliación de la humanidad.

2. Acción por la misión de la Iglesia universal

En el camino hacia una Iglesia misionera universal se trata del cambio radical de ese bastarse a sí mismo. A la luz del Evangelio, éste nos lleva a un encuentro liberador con los otros seres humanos y pueblos. Por eso todos pueden y deben colaborar: las personas particulares de todas las edades, las parroquias y comunidades, los servicios especializados.

La exigencia de cada uno

Todos los caminos hacia un resurgimiento misionero comienzan por la propia persona, la que en la fe reconoce que ella es llamada a dar testimonio privado y público a través de una vida auténtica. El consonar “sinfónico” del testimonio de fe y de vida, tiene la fuerza de persuadir a otros, o por lo menos de incentivar su curiosidad. Para los grandes misioneros de la temprana Edad Moderna este consonar era considerado como el “milagro” que más convencía a los otros pueblos. Los caminos misioneros individuales pueden ser múltiples y van desde la oración y la dádiva generosa hasta la misión activa.

Los niños y los jóvenes aprenden a tener un Espíritu misionero sin prejuicios y ligero, en tanto ellos sean educados a tener un trato social respetuoso, algo curioso y amistoso con los otros y se les haga conocer el amor de Dios hacia todos los seres humanos. Así encuentran ellos un gran motivo para intervenir a favor de sus contemporáneos en los otros continentes, como por ejemplo en la Acción de los Reyes Magos¹, que tiene lugar a principio de año. Los niños y jóvenes no son solamente, en los grupos de su misma edad, los mejores “misioneros” entre ellos mismos, sino que se caracterizan también por su interés por los otros y por todo lo que es nuevo. Esas son buenas condiciones previas para un trabajo misionero con la juventud. Los adultos deberían animar y estimular a las generaciones jóvenes para que ellos mismos conozcan el Evangelio y así lo puedan transmitir a otros. Una oportunidad especial

es la de dar a conocer a los adolescentes, en la administración de la Confirmación, el cometido misionero de la Iglesia, y confiar en la competencia y creer en el cometido misionero de los futuros confirmantes.

Aún más variadas son las posibilidades de los adultos, de acuerdo a su edad, profesión, recursos y tiempo disponible para prestar su contribución a la misión universal. A los padres les corresponde la tarea de educar a sus hijos en un espíritu misionero abierto. Los adultos, mujeres y hombres pueden contribuir con sus aptitudes y su competencia profesional en los pactos de hermandad, (*Partnerschaften*), eclesiales universales y en los proyectos.

Las iglesias particulares de otros países se sienten motivadas cuando las cristianas y los cristianos de nuestra latitud aprovechan sus viajes profesionales y turísticos a países lejanos para, más allá de sus intereses comerciales y culturales, ir a ver las parroquias allí, tomar parte en sus oficios divinos y a la vez conocerlas. Asimismo es válido invitar a los miembros de otras iglesias particulares que trabajan en Alemania, a los que estudian una carrera universitaria o viven como migrantes en nuestras parroquias y comunidades.

Unidos en el camino

Con toda claridad dice el Concilio “La comunidad local no debe atender solamente a sus fieles, sino que, imbuida también por el celo misionero, debe preparar a todos los hombres el camino hacia Cristo” (*Presbyterorum Ordinis* 6). Un gran número de las casi 13,000 parroquias que hay en Alemania con sus proyectos eclesásticos universales, iniciativas e ideas, traspasan literalmente el proverbio “no ver más allá de sus narices” y se desarrollan hacia adentro y hacia fuera en comunidades misioneras. La acción eclesástica universal se refleja ya en las donaciones que se reúnen a lo largo del año litúrgico, cuando las Obras de Ayuda tienen su tiempo de campaña: en el tiempo de Adviento (*Adventat*), en el ámbito de la fiesta de Epifanía (Día de los Reyes), en enero (*Obra Pía de la Misión Infantil*, “*Los Reyes Magos*”) en el tiempo de cuaresma antes de la Pascua de Resurrección (*Misereor*), en el tiempo de Pentecostés (*Renovabis*) y en el Día Mundial de las Misiones en Octubre (*Missio*). Muchas parroquias no se conforman con las colectas, sino que impulsan también el perfeccionamiento misionero, sacan a colación el tema de la Iglesia universal en la preparación de los sacramentos, ayudan en las actividades por un solo mundo, “*Eine-Welt-Aktivitäten*”, y organizan contactos eclesásticos universales. Semejantes contactos son especialmente fáciles de establecer en aquellas localidades donde existen comunidades que tienen otra lengua materna y cuando cristianos de otros continentes también viven allí. A menudo se originan nuevas empresas de red de tales contactos.

A esto pertenecen los pactos de hermandad (*Partnerschaften*) con comunidades hermanas de otras iglesias particulares, los padrinazgos para proyectos determinados, el intercambio intelectual, espiritual y material, las visitas recíprocas y la hospitalidad, las acciones de ayuda y las mutuas oraciones. Los proyectos y “*Partnerschaften*” propios dan a la misión una cara y la hacen más concreta. Algunas parroquias florecen nuevamente debido a esto. A la vez el convenio con las Obras de Ayuda, evita innecesarios pensamientos de competencia o una solidaridad mal dirigida. El Sínodo General de la Iglesia en Alemania aconsejó en 1975 que las comunidades parroquiales pusieran a disposición de las parroquias de las iglesias jóvenes una justificable parte de sus recursos (Cfr. *Desarrollo y Paz* 1.3.3). ¿Cómo sería por lo demás, si las diócesis y las parroquias enviasen a gente joven bien preparada como exploradores y

embajadores a las diócesis hermanas, para que ellos conozcan su contexto misionero y ya en casa puedan transmitir los conocimientos adquiridos como un impulso para los demás? Las nuevas estructuras pastorales que se han puesto en marcha en las diócesis, dan también un nuevo espacio para proyectos eclesiológicos universales cuando se toman las iniciativas profesional u honoríficamente.

Los círculos, las comunidades y asociaciones en los cuales se agrupan los adolescentes y los adultos, las mujeres y los hombres, los matrimonios y las familias, en forma local o nacional, desempeñan un papel fundamental en el compromiso misionero. Aquí tenemos que nombrar especialmente a las federaciones eclesiales que están trabajando mundialmente, las que aportan su competencia profesional y forman una red de empresas internacional, pero también los nuevos movimientos y comunidades espirituales, los que irradian una fuerza misionera. A eso se añade los numerosos grupos de proyectos e iniciativas, los que se interesan por un país en especial o por los términos específicos del problema o los que apoyan a las misioneras y los misioneros en sus actividades. Debemos apreciar y promover el compromiso y el carisma de los que aquí participan.

Un desarrollo alentador representan los numerosos grupos que trabajan localmente, los que por un lado se entienden como grupos específicos, por un solo mundo “Eine-Welt-Gruppen”, y por otro lado se organizan como grupos de la comunidad, por regla general como los de la “Comisión de expertos de Misión–Desarrollo–Paz” (*Mission-Entwicklung-Frieden MEF*). Ellos se dejan motivar y desean ellos mismos impulsar algo. Su objetivo abarca no solamente el reunir las donaciones sino también el compromiso por la justicia y por un desarrollo duradero. Como grupos organizados por ellos mismos, a través de una motivación religiosa, de un vínculo espiritual y de una solidaria orientación de valores, ellos prestan una importante contribución para una Iglesia misionera y para una sociedad civil responsable. Una motivación fuerte, los contactos personales, las conexiones internacionales y los conocimientos de los países, constituyen en tales grupos un potencial que también es misionalmente significativo.

Muchos obispados sostienen “Partnerschaften” con una o varias iglesias particulares. Sin embargo, no sólo fluyen fondos financieros sino que el intercambio abarca también las visitas recíprocas de los participantes. En las conexiones eclesiológicas universales no se puede pasar por alto que todo esto se puede convertir en rutina y llegar al cansancio. Por eso es indispensable, de tiempo en tiempo, una revisión de las metas y de los medios establecidos. Los departamentos eclesiológicos mundiales o bien las secciones de las diócesis, impulsan la formación de la conciencia, fomentan la relación con el personal misionero en la diócesis y con las Obras eclesiológicas de Ayuda. Muchas diócesis, a pesar de su falta de sacerdotes, envían sacerdotes a plazo determinado o estables (*Sacerdotes de la Organización Fidei Donum*) a las iglesias hermanas y otorgan becas para la formación de sacerdotes de las iglesias particulares de otros continentes. No pocas veces éstos obran a su vez misionalmente en las comunidades alemanas y vuelven a practicar allí lo que es ser Iglesia universal.

Utilizar nuestro potencial

La Iglesia necesita a todo lo largo del mundo mujeres y hombres bien formados profesionalmente y bien motivados, que estén dispuestos a servir como misioneros. Su imagen vocacional ha cambiado desde el Concilio. Ellos colaboran hoy, la mayoría de las veces, en

iglesias particulares independientes, ya sea como sacerdotes o como laicos en sus profesiones o como miembros de institutos de vida consagrada o de sociedades de vida apostólica. En cada caso, exige la profesión misionera además de una vocación espiritual, ser hábil en idiomas y tener competencia profesional, para cumplir con los servicios a prestar en la cultura del respectivo país y poder servir caritativamente a la iglesia particular.

La mayor parte de las vocaciones misioneras en Alemania vienen de las comunidades religiosas de las cuales, en el presente, casi un 10%, (de un total, de unos 33,000 religiosos) están activos como misioneros y misioneras en el extranjero. Por este servicio les adeudamos nuestro profundo respeto y les estamos agradecidos. Ya que la mayoría de las órdenes están organizadas internacionalmente y con ello reflejan la imagen de la Iglesia universal, ellas cuidan el intercambio misionero en ésta y con sus centros misionales apoyan no sólo a las otras iglesias particulares sino también a la formación de la conciencia misionera en Alemania.

Esto vale también para las distintas diócesis e institutos misioneros que envían a misioneros y misioneras. Aún a pesar de nuestra propia carencia de vocaciones espirituales, nosotros no debemos dejar de patrocinar el trabajo en la misión mundial de las mujeres y de los hombres jóvenes. Las nuevas formas de empleo temporalmente limitado, de matrimonios y familias pero también de mujeres y hombres jóvenes como la de “*Misioneros por un tiempo*”, (*Missionare auf Zeit, MaZ*) merecen nuestro apoyo. Los participantes a través de sus experiencias se vuelven intermediarios entre las distintas culturas y las iglesias particulares. Algo parecido sucede con la gente especializada que, en el marco de la *Asociación de Cooperación para el Desarrollo* (*Arbeitsgemeinschaft für Entwicklungshilfe, AGEH*) por responsabilidad cristiana, ponen a disposición su competencia profesional en el campo de la artesanía, en el de la salud o en el científico para colaborar con el desarrollo.

La existencia de las Obras de Ayuda Pontificias y Episcopales en Alemania da a las tareas eclesíásticas universales y a las tareas misioneras universales, un destacado perfil. Las colaboradoras y los colaboradores de estas organizaciones conocidas en todo el mundo, con su competencia y su compromiso prestan una ayuda pastoral y social y con ello una importante y considerable contribución a las iglesias hermanas. Así como una administración apropiada y moderada en los gastos representan el signo de calidad para las Obras de Ayuda, así también la motivación cristiana y los vínculos religiosos de las Obras de Ayuda, hablan de su calidad humana y su originalidad religiosa. Por consiguiente, el auto entendimiento eclesíástico debe quedar arraigado como el carisma de las obras de ayuda y continuar desarrollándose en un diálogo con los donantes y los receptores.

Las organizaciones eclesíásticas universales persiguen distintas metas y objetivos. A pesar de ello, los distintos servicios de una sola misión de la Iglesia universal corren juntos. En nuestro Documento, *Una sola Misión y los muchos Servicios* (2000) hemos descrito el perfil y el trabajo cooperativo de las Obras de Ayuda y de las iniciativas y hemos destacado que las tareas religiosas-misioneras y las tareas que se refieren al desarrollo humano sin duda son diferentes, pero no pueden separarse la una de la otra o de ninguna manera entrar en competencia unas con otras, justamente porque “la misión de la Iglesia es religiosa y por lo mismo sumamente humana” (*Gaudium et spes* 11).

Un lugar privilegiado para dar a conocer a la gente joven los rasgos misioneros fundamentales de la Iglesia en un único mundo y para despertar su interés, es la clase de religión en los

distintos grados y clases de colegios. Ahí se dan múltiples posibilidades para encontrar, a partir de la universalidad del cristianismo, una entrada a los pueblos y religiones extranjeras y para cultivar el encuentro cristiano con los otros, siguiendo el modo ejemplar de épocas históricas y personajes sobresalientes; o en el marco de la problemática del tercer, es decir “un solo mundo”, “Einen Welt”. Por eso son una gran ayuda los materiales didácticos profesionales y de buena calidad para la enseñanza y los medios audiovisuales. La clase de religión desplegará su fuerza educativa, cuando ella aproveche el encuentro de las culturas y religiones, ponga al descubierto los motivos bíblicos de la misión cristiana y, a la vez, ordene temáticamente las preguntas fundamentales de la relación con los extranjeros, la evangelización y la inculturación, los diálogos interreligiosos y la coherencia entre la fe y la justicia. Nosotros agradecemos a todas las profesoras y profesores por su testimonio y por su trabajo en beneficio de los jóvenes y confiamos en que ellos también comprendan su “missio” como la tarea de ser ellos mismos, testigos para la misión de la Iglesia en el proceso pedagógico.

El interés que muestran las distintas ciencias por la misión cristiana refleja no solamente afán de investigación sino también la gran necesidad de orientación, que tienen las sociedades de modernismo tardío en materia religiosa. Por eso son bienvenidas todas las iniciativas que, en vista del aumento de los que se interesan por una cuestión específica intercultural e interreligiosa, refuerzan la ciencia de la misión, en las facultades teológicas y los lugares de perfeccionamiento de la Iglesia. Además las asignaturas teológicas están obligadas a reflejar, desde su perspectiva, los rasgos misioneros fundamentales del cristianismo. Así le transmiten a los estudiantes la necesaria competencia en lo referente a las preguntas sobre la misión y los hacen conocer las teologías contextuales en los distintos ámbitos culturales.

El trabajo de formación de las academias, casas de formación y los centros misionales, es una posibilidad más de hacer avanzar el desarrollo de la conciencia en lo referente a la misión, ya sea a través de eficientes organizaciones públicas o a través de las correspondientes publicaciones. Las revistas especializadas contribuyen ecuménicamente, así como también las muchas revistas misioneras de las obras de ayuda y las de las comunidades espirituales que informan sobre las actuales preguntas relacionadas con la misión.

La variable historia de la misión atrae a numerosos artistas, quienes están fascinados por el mutuo encuentro entre los seres humanos, culturas y religiones extranjeras. Así aparecen novelas sobre grandes misioneros, se documentan exposiciones de los encuentros culturales misioneros y en los cines se dan, películas sobre las misiones en América y Asia. La herencia arquitectónica y musical de las antiguas misiones y la artística creación en las iglesias particulares fuera de Europa, fascina a muchos. ¿No debería animarnos más este interés por la misión intercultural, a contemplar nuestra innata tarea bajo una nueva luz?

Cuando el Papa Pablo VI, hace tres décadas, recalcó que los medios de comunicación modernos le abrían a los hombres nuevos caminos de encuentro con el Evangelio (Cfr. *Communio et progressio* 128), todavía no estaba Internet disponible con sus imprevistas posibilidades globales de comunicación. Debido a su propia lógica, los nuevos medios no tienen a disposición ningún púlpito electrónico, más bien una plataforma, en la cual el cristianismo también puede sacar a colación públicamente su misión, en un “Areópago virtual”.

“No estaba ardiendo nuestro corazón”

Al final del Evangelio según San Lucas, encontramos nosotros el gran relato de los dos discípulos de Jesús “en el camino” a Emaus. Ellos conversaban entre sí sobre los sucesos de los últimos días: que Jesús había sido condenado a muerte, su crucifixión, lo que narraban las mujeres sobre la tumba vacía. Llenos de tristeza se acordaban de su Maestro con cuya muerte parecía que todo había terminado. Cuando Cristo resucitado se une a ellos y los acompaña en el camino, El les parecía un extraño. Ellos no lo reconocen, están como cegados.

Recién cuando El mismo les revela el sentido de los sucesos y cena con ellos, se les cae la venda de los ojos. Sin embargo, cuando ellos lo reconocen, El se substrahe a sus miradas. “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

El relato de los dos discípulos de Emaus culmina en la experiencia de su presencia concreta. Los discípulos se consolaban mutuamente en el camino, hasta que el mismo Resucitado a través de su presencia, los consoló. En los veinte siglos durante los cuales se viene contando este acontecimiento, las cristianas y los cristianos se han puesto repetidamente en el camino de la fe, pero también fueron cegados a menudo. Hasta hoy Cristo debe adelantársenos y acompañarnos un tramo del camino para que se nos abran los ojos y el corazón nos empiece a arder.

Nosotros estamos en camino con la comunidad universal de la “Iglesia peregrina” (Cfr. *Lumen Gentium* 14; *Ad gentes* 2), somos consolados con su presencia y somos enviados a llevar con nosotros en este camino a otros seres humanos y a otros pueblos. Descubrirles a ellos el significado de las Escrituras y de su vida, hasta que ellos lo reconozcan a El como el Salvador y puedan decir de todo corazón: “Quédate con nosotros” (Lc 24,29). Este es el mejor servicio que nosotros podemos prestar como Iglesia que somos.

No importa el idioma que hablen o a qué cultura pueden pertenecer, todos los hombres y los pueblos, están en camino y buscan el sentido y el fin de su vida. Los elementos de bondad y de verdad que se encuentran en ellos, son señales de la presencia oculta de Dios. El está cerca de todos nosotros, porque El deja que su faz resplandezca sobre todos.

Como contemporáneos y compañeros de camino, nosotros somos enviados para revelar esta presencia concreta y para allanar el camino hacia Dios. Nosotros estamos en camino junto con todos los otros. A través del encuentro con los otros nos convertiremos en testigos “a quienes se les descubre el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo” (*Ad gentes* 5). A esta misión nos impulsa el Espíritu Santo, quien al mismo tiempo nos da la fuerza para el servicio constante de testimoniar el Evangelio del Reino de Dios en este tiempo y a los ojos de todo el mundo.

Nosotros creemos que Dios desea la salvación de todos los pueblos. El se nos manifestó en Jesucristo. El libera a todos y nos hace libres (Cfr. Rm 8,21) y El mismo es el camino hacia la verdad de Dios (Cfr. Jn 14,6). ¿Tenemos nosotros mismos el valor de seguir el camino del Evangelio y de proponérselo a otros? ¡Contribuyamos nosotros con nuestros carismas y talentos para la misión universal de la Iglesia! ¡Hagamos nosotros de la misión de la Iglesia universal, nuestra propia misión!

**¡Gloria
al Padre
y al Hijo
y al Espíritu Santo !**

Bibliografía

Ad gentes: Zweites Vatikanisches Konzil, Das Dekret über die Missionstätigkeit der Kirche „Ad gentes“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), Kleines Konzilskompendium, Freiburg, 27. Auflage 1998, 607–653.

Apostolicam actuositatem: Zweites Vatikanisches Konzil, Das Dekret über das Laienapostolat „Apostolicam actuositatem“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), Kleines Konzilskompendium, Freiburg, 27. Auflage 1998, 389–421.

Charta oecumenica: Charta Oecumenica. 22. April 2001, hg. vom Rat der Europäischen Bischofskonferenzen (CCEE) / Konferenz europäischer Kirchen (KEK), St. Gallen / Genf 2001.

Communio et progressio: Päpstliche Kommission für die sozialen Kommunikationsmittel, Pastoralinstruktion *Communio et progressio*. 23. Mai 1971, in: AAS 63 (1971) 593–656.

El Cristianismo y las Religiones: Internationale Theologenkommission, Das Christentum und die Religionen. 30. September 1996 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Arbeitshilfen 136), Bonn 1997.

Dei verbum: Zweites Vatikanisches Konzil, Die dogmatische Konstitution über die göttliche Offenbarung „Dei verbum“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), Kleines Konzilskompendium, Freiburg, 27. Auflage 1998, 367–382.

Diálogo y Proclamación: Päpstlicher Rat für den Interreligiösen Dialog / Kongregation für die Evangelisierung der Völker, Dialog und Verkündigung. Überlegungen und Orientierungen zum Interreligiösen Dialog und zur Verkündigung des Evangeliums Jesu Christi. 19. Mai 1991 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 102), Bonn 1991.

Una sola Misión y los muchos servicios: Deutsche Bischofskonferenz, Die eine Sendung und die vielen Dienste. Zum Selbstverständnis weltkirchlich orientierter Einrichtungen und Initiativen heute. 6. April 2000 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Die Deutschen Bischöfe 65), Bonn 2000.

Dignitatis humanae: Zweites Vatikanisches Konzil, Die Erklärung über die Religionsfreiheit „Dignitatis humanae“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), Kleines Konzilskompendium, Freiburg, 27. Auflage 1998, 661–675.

Dominus Iesus: Kongregation für die Glaubenslehre, Dominus Iesus. Erklärung über die Einzigkeit und die Heiluniversalität Jesu Christi und der Kirche. 6. August 2000 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 148), Bonn 2000.

Ecclesia in Africa: Papst Johannes Paul II., *Ecclesia in Africa*. Nachsynodales Apostolisches Schreiben von Papst Johannes Paul II. an die Bischöfe, Priester, Diakone, Ordenleute und alle gläubigen Laien über die Kirche in Afrika und ihren Evangelisierungsauftrag im Hinblick auf das Jahr 2000. 14. September 1995 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 123), Bonn 1995.

Ecclesia in Asia: Papst Johannes Paul II., *Ecclesia in Asia*. Nachsynodales Apostolisches Schreiben von Papst Johannes Paul II. an die Bischöfe, Priester, Diakone, Ordenleute und

alle gläubigen Laien über Jesus Christus, den Erlöser, und seine Sendung der Liebe und des Dienstes in Asien: „damit sie das Leben haben und es in Fülle haben“ (Joh 10,10). 6. November 1999 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 146), Bonn 2000.

Ecclesia in Europa: Papst Johannes Paul II., *Ecclesia in Europa*. Nachsynodales Apostolisches Schreiben von Papst Johannes Paul II. an die Bischöfe und Priester, an die Personen des gottgeweihten Lebens und an alle Gläubigen zum Thema „Jesus Christus, der in seiner Kirche lebt – Quelle der Hoffnung für Europa. 28. Juni 2003 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 161), Bonn 2003.

Desarrollo y Paz: Gemeinsame Synode der Bistümer in der Bundesrepublik Deutschland, Der Beitrag der katholischen Kirche in der Bundesrepublik Deutschland für Entwicklung und Frieden, in: Gemeinsame Synode der Bistümer in der Bundesrepublik Deutschland, Beschlüsse der Vollversammlung, Offizielle Gesamtausgabe, Bd. I, Freiburg 1976, 470–510.

Evangelii nuntiandi: Papst Paul VI., Apostolisches Schreiben an den Episkopat, den Klerus und alle Gläubigen der Katholischen Kirche über die Evangelisierung in der Welt von heute. 8. Dezember 1975, in: Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz (Hg.), *Nachkonziliare Texte zu Katechese und Religionsunterricht*. 1. Mai 1989 (Arbeitshilfen 66), Bonn 1989, 121–191.

Gaudium et spes: Zweites Vatikanisches Konzil, Die pastorale Konstitution über die Kirche in der Welt von heute „*Gaudium et spes*“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), *Kleines Konzilskompodium*, Freiburg, 27. Auflage 1998, 149–552.

Una paz justa: Deutsche Bischofskonferenz, Gerechter Friede. 27. September 2000 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; *Die Deutschen Bischöfe* 66), Bonn 2000.

Libertatis conscientia: Kongregation für die Glaubenslehre, *Libertatis conscientia*. Instruktion über die christliche Freiheit und die Befreiung. 22. März 1986 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 70), Bonn, 2. verbesserte Auflage 1986.

Lumen gentium: Zweites Vatikanisches Konzil, Die dogmatische Konstitution über die Kirche „*Lumen gentium*“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), *Kleines Konzilskompodium*, Freiburg, 27. Auflage 1998, 123–197.

Maximum illud: Papst Benedikt XV., Apostolisches Schreiben *Maximum illud*. 30. November 1919, in: AAS 11 (1919) 440–455.

Nostra aetate: Zweites Vatikanisches Konzil, Die Erklärung über das Verhältnis der Kirche zu den nichtchristlichen Religionen „*Nostra aetate*“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), *Kleines Konzilskompodium*, Freiburg, 27. Auflage 1998, 355–359.

Presbyterorum ordinis: Zweites Vatikanisches Konzil, Das Dekret über Dienst und Leben der Priester „*Presbyterorum ordinis*“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), *Kleines Konzilskompodium*, Freiburg, 27. Auflage 1998, 361–598.

Puebla: Dritte Generalversammlung des Lateinamerikanischen Episkopates (vom 26.01.–13.02. 1979 in Puebla), Die Evangelisierung Lateinamerikas in Gegenwart und Zukunft, in: *Die Kirche Lateinamerikas. Dokumente der II. und III. Generalversammlung des lateinamerikanischen Episkopates in Medellin und Puebla*. 6. September 1968 / 13. Februar 1979

(hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Stimmen der Weltkirche 8), Bonn 1979, 136–356.

Redemptoris missio: Papst Johannes Paul II., Redemptoris missio. Enzyklika über die fort-dauernde Gültigkeit des missionarischen Auftrages. 7. Dezember 1990 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls 100), Bonn 1991.

Rerum novarum: Papst Leo XIII., Rerum novarum. Über die Arbeiterfrage (1891), in: Texte zur katholischen Soziallehre. Die sozialen Rundschreiben der Päpste und andere kirchliche Dokumente, hg. vom Bundesverband der Katholischen Arbeitnehmer-Bewegung Deutschlands, Kevelaer, 8. erweiterte Auflage 1992, 1–40.

Sollicitudo rei socialis: Papst Johannes Paul II., Sollicitudo rei socialis. Rundschreiben an die Bischöfe und Priester, an die Ordensgemeinschaften, an alle Söhne und Töchter der Kirche, an alle Menschen guten Willens zwanzig Jahre nach der Enzyklika Populorum progressio, in: Texte zur katholischen Soziallehre. Die sozialen Rundschreiben der Päpste und andere kirchliche Dokumente, hg. vom Bundesverband der Katholischen Arbeitnehmer-Bewegung Deutschlands, Kevelaer, 8. erweiterte Auflage 1992, 619–687.

Sublimis Deus: Papst Paul III., Bulle Sublimis Deus. 9. Juni 1537, in: Michael Sievernich u. a. (Hg.), Conquista und Evangelisation. 500 Jahre Orden in Lateinamerika, Mainz 1992, 475–476.

Sobre la paz de la Fe: Nikolaus von Kues, Über den Frieden des Glaubens (De pace fidei), hg. von Raymondus Klibansky / Hildebrandus Bascour, Hamburg 1959.

Unitatis redintegratio: Zweites Vatikanisches Konzil, Das Dekret über den Ökumenismus „Unitatis redintegratio“, in: Karl Rahner / Herbert Vorgrimler (Hg.), Kleines Konzilskompendium, Freiburg, 27. Auflage 1998, 229–250.

Nuestra esperanza: Gemeinsame Synode der Bistümer in der Bundesrepublik Deutschland, Unsere Hoffnung. Ein Bekenntnis zum Glauben in dieser Zeit, in: Gemeinsame Synode der Bistümer in der Bundesrepublik Deutschland, Beschlüsse der Vollversammlung, Offizielle Gesamtausgabe, Bd. I, Freiburg 1976, 84–111.

Nosotros, los vecinos de los comunistas: Madeleine Delbrêl, Wir Nachbarn der Kommunisten, Einsiedeln 1975.

Tiempo de siembra: Deutsche Bischofskonferenz, „Zeit zur Aussaat“. Missionarisch Kirche sein. 26. November 2000 (hg. vom Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz; Die Deutschen Bischöfe 68), Bonn 2000.

¹ Nota de la redacción: El día 6 de enero los niños y jóvenes de las parroquias católicas alemanas, vestidos como los Reyes Magos, van de casa en casa para solicitar donaciones para la Obra Pontificia de la Santa Infancia. A la vez, cantan canciones delante de la puerta. En el umbral de la puerta escriben con tiza blanca la fecha de su visita. En algunas ciudades llevan una hoja impresa, que muchas familias pegan en algún lugar visible de la casa. La acción tiene lugar muchas veces bajo la lluvia o la nieve. El frío es intenso, ya que Alemania se encuentra en pleno invierno. Nada de esto los detiene, ellos desean colaborar también. Los niños suelen ser muy bien recibidos y son recompensados en los hogares visitados con algunas golosinas.

